



Dr Plinio

Vol. III - Nº 21 Enero de 2020



Convivencia celestial

Miliciano de Nuestra Señora y de Nuestro Señor Jesucristo



Podemos imaginar a San Sebastián en la fuerza de la edad, en la gloria del uniforme romano, en el esplendor del ejercicio de capitán de la cohorte imperial, que se desliza, sin encontrar resistencia por parte de los centinelas de las prisiones, por ser quien era, y va entrando en las cárceles, en las mazmorras y alimentando, con su coraje, a los ancianos, los jóvenes de ambos sexos, las personas de todas las condiciones que allí estaban para luego ser martirizadas.

San Sebastián sabe que su actitud le va a acarrear también el martirio, pero camina rumbo al suplicio con aquella serenidad, deliberación y superior entrega de sí mismo a la Cruz de Cristo, Nuestro Señor, que hace que no se estremezca, sino que permanezca, durante todos esos riesgos, siempre heroico y señor de sí, hasta entregar su alma a Dios, con una tranquilidad ante la muerte, propia de un militar miliciano de Nuestra Señora y de Nuestro Señor Jesucristo.

(Extraído de conferencia de 19/1/1967)

Sumario

Vol. III - No. 21 Enero de 2020



En la portada, el Dr. Plinio en julio de 1991.

Foto: Archivo Revista

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

4 *La vida social en el Cielo*



PIEDAD PLINIANA

5 *Como en las Bodas de Caná*



DOÑA LUCILIA

6 *La victoria es de los que sufren bien*



REFLEXIONES TEOLÓGICAS

10 *Nuestra Señora y la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución - II*



DR. PLINIO COMENTA...

16 *Formación cultural y apetencia metafísica*



HAGIOGRAFÍA

20 *Alta vocación de los Reyes Magos*



SANTORAL

24 *Santos de Enero*



LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

26 *Alegría de hacer el bien*



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

34 *Sacralidad, belleza y elegancia*

ÚLTIMA PÁGINA

36 *Transformando un pecador en santuario*

La vida social en el Cielo

Llamado por Dios a la misión de sacralizar el orden temporal, el Dr. Plinio tomaba como modelo para las relaciones humana la convivencia entre los bienaventurados en el Cielo. Es a partir de ese modelo supremo –sobre el cual nos habla el texto que sigue*– como mejor se comprenden sus explicaciones presentes en esta edición, acerca del trato social.

La vida social, considerada según existe en la tierra, o sea, como un relacionamiento más o menos ceremonioso y festivo de personas que, además de distraerse juntas, hacen de ese entretenimiento una oportunidad para cada una afirmar y hacer sentir su respectivo valor, me resulta difícil admitir que exista, propiamente así, en el Cielo.

A mi ver, la vida social en el Cielo empíreo es comprendida en función de Dios. Así, se podrían suponer circunstancias en las cuales Dios beneficia, privilegia alguna alma, para que recuerde una acción excelente que haya realizado en la tierra en cierta ocasión. Eso daría lugar a algo del tipo de una conmemoración social entre los bienaventurados para festejar lo que Dios hizo por aquel santo. Por lo tanto, Dios está siempre como el centro y el ápice de todo; y lo más importante no es el hecho de que tal persona haya recibido un beneficio, sino que Dios la haya exaltado.

El misterio de la Visitación nos hace pensar en eso cuando, llegando Nuestra Señora a la casa de Zacarías, Santa Isabel le dice que el niño se había llenado de júbilo en su vientre con la llegada del Niño Dios. Ese júbilo, a su modo, es una especie de arte de la vida social. Porque, seguramente, San Juan Bautista, presintiendo la llegada del Salvador, le presentó su primer homenaje.

Ese sería un modo de ver las relaciones sociales en el Cielo. Dios dice tal cosa a respecto de tal santo, y esto produce una conmoción dentro de todos los bienaventurados, que comentan y glorifican lo que el santo hizo.

Es interesante notar que el auxilio dado por la Santísima Virgen a Santa Isabel fue, propiamente, un poco servil. Si Dios quiso que Ella prestase ese servicio era, en último análisis, para que el Niño Jesús viviendo en Ella hiciese a San Juan Bautista su primer beneficiado. Porque el beneficio espiritual que Él debe haber concedido a San Juan Bautista ya entonces, cuando los dos se comunicaban ¡fue algo descomunal!

Pero Nuestro Señor quiso también que Nuestra Señora prestase a su prima una cierta reverencia, que se tradujo en términos de servicio. Dando a entender de esta manera que, en las relaciones jerárquicas, una de las excelencias está en que el superior, siendo perfecto, llegue a servir a su subordinado. Eso es tan contra-revolucionario que puede hasta llegar a exasperar a algunos, pero es óptimo para la Contra-Revolución.

Pienso que todo esto caracterizaría la vida social celestial, diferente de la terrena por causa de la presencia suprema de Dios, en función de la cual se realiza todo.

* Conferencia de 27/01/1995.



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Como en las Bodas de Caná

Oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, si considero mis insuficiencias e infidelidades, tengo todos los motivos para estremecerme. Pero me refugio en vuestra misericordia como el niño culpable en los brazos de su madre.

Yo me ofrezco enteramente a Vos para que llevéis a cabo en mí la obra que yo mismo jamás conseguiría ejecutar. Haced de mí un perfecto esclavo vuestro.

Aceptad, oh Madre dulcísima, mis debilidades e incluso mis faltas, y seguid que unas y otras se transformen en virtudes como conseguisteis que el agua se volviese vino en las Bodas de Caná.

Oh, Madre mía, aquí está un hijo pecador, infiel e ingrato. Pero decid una sola palabra y se realizará el cambio fundamental que hará de mí un verdadero hijo vuestro. Así sea.

(Compuesta el 14/1/1968)

Las Bodas de Caná – Iglesia de San Bernardo, Burkettsville, EUA





La victoria es de los que sufren bien

A pesar de todos los sufrimientos, Doña Lucilia, la madre del Dr. Plinio, era suave, tranquila, sin la menor señal de desesperación. Comprendía en toda su extensión cuáles eran los dolores de la vida, segura de que en el fondo la victoria es de los que sufren, y tenía siempre sus ojos vueltos hacia el Sagrado Corazón de Jesús.

Doña Lucilia nació en un período muy diferente al nuestro, que en Europa tal vez ya había comenzado a declinar un poco, pero en Brasil todavía vivíamos plenamente el régimen del romanticismo.

Romanticismo y “hollywoodismo”

El romanticismo era una escuela de pensamiento mediocre, aunque tomó cuenta del mundo, y que erigía como principio que el sentido verdadero de la vida del hombre estaba en el dolor; si el hombre sufriese mucho realizaba su existencia. Exactamente lo contrario de un principio peor aún, que era “hollywoodiano”, según el cual la vida del hombre está en el placer: si gozase intensamente la vida, habría realizado su finalidad.

Ella nació en el último período del romanticismo y asistió a la salida del sol espurio del “hollywoodismo”.

Según la escuela del romanticismo, la persona debía examinar su propia vida y buscar en ella lo que era o podía ser una causa de sufrimiento. Los partidarios de esa escuela decían – y en eso tenían razón, pues el mal absoluto no existe – que todo hombre que examine bien sus condiciones de vida encuentra razones de sufrimiento, y debe estar atento a esas razones, comprendiendo que muchas veces no son removibles. Entonces, es necesario aceptar ese dolor reconociendo – otra cosa verdadera – que es un factor de valorización del alma.

En efecto, en lenguaje católico, el dolor es un factor de santificación y es necesario aceptarlo, aunque, siendo posible, podamos y hasta debemos procurar remover los padecimientos que vengan a nuestro encuentro, por permiso de la Providencia.

Por ejemplo, una enfermedad. La persona está enferma, pero tratándose bien puede curarse. El verdadero sentido común no es decir: “¡Dios mío, Vos me mandasteis una enfermedad; yo



abro mis brazos y me entrego!” ¡Bueno, tome un remedio! O una actitud todavía más dura: haga un régimen, pero no lloriquee por lo que usted puede remediar. Dios le envió la enfermedad, pero también el remedio y el dinero para comprarlo. Entonces compre el remedio, tómese y acabe con esa enfermedad y también con ese lloriqueo.

No obstante, hay enfermedades y sufrimientos que no se pueden remo-

Ella nació en el
último período del
romanticismo y
asistió a la salida
del sol espurio del
“hollywoodismo”, (...) que era el principio de que la vida del hombre está en el placer; y que si gozase completamente la vida habría realizado su finalidad.

ver. La persona debe aceptarlos: “La Providencia quiso que toda mi vida yo sufriese eso, voy a aceptar de frente, y no procurar cerrar los ojos al significado de mi dolor; por el contrario, voy a verlo por entero: todo lo que pierdo, todo cuanto sufro y aún sufriré por esa causa, y a preparar mi alma como un guerrero se prepara para la guerra.”

Y el enfrentar consiste muchas veces en trabar una lucha más dura que la propia enfermedad o la propia prueba. Por ejemplo, la persona tiene una enfermedad y padece por esa ra-

zón. La reacción podría ser: “¡Ay, ay, ay...! ¡Cómo estoy sufriendo!”

La verdad no es esa: “¿Usted está sufriendo? Está bien, pero su vida no está hecha solo de sufrimiento, hay otras cosas buenas: pan con mantequilla, por ejemplo. ¡Coma pan y mantequilla, trabaje, luche, ponga su ideal donde debe estar, es decir, al servicio de la Santa Iglesia, para la derrota de satanás, y ponga el pecho!”

Dureza de alma en el trato

En el caso de Doña Lucilia, ella veía dos situaciones. En el tiempo de ese romanticismo, se daba una importancia muy grande a la belleza física femenina, y que la hermosura del rostro tenía una importancia mucho mayor que la del cuerpo. La mujer podía ser una “ballena”; pero si tenía un rostro fantástico, todo estaba aprobado. Pero si ella no era muy bonita de cara, pasaba al último lugar.

En cada familia, la joven querida, admirada, apreciada, era la hija bonita. Y la hija que tuviese un rostro común, por más amable, gentil y cortés que fuese, por más que tuviese buen gusto en el modo de vestirse, no siendo bonita pasaba a un segundo plano.

Ahora bien, Doña Lucilia no era considerada bonita por sus contemporáneos, y por esa causa, en el plano de las jóvenes de sociedad, ella pasaba a un segundo lugar. Entonces, en los afectos, en los cariños – no diré de los padres y de los hermanos, sino

del resto de las relaciones – ella pasaba a un plano secundario, y en el primero quedaban las otras.

La estupidez de ese procedimiento, el modo agudo como eso se hacía sentir muchas veces, se mostraban en lo que para ella era el verdadero sufrimiento: la dureza de alma de los otros, y no el hecho de que ella quedase en un segundo plano.

Falsa filosofía de la vida

Voy a contar un pequeño caso ocurrido con una familia determinada, y que hace sentir el asunto vivamente.

Un abogado con una gran oficina en São Paulo ganaba muy buen dinero, y tenía una cliente que le daba muy buenas causas. Era una viuda – o una solterona, no recuerdo bien ese por menor –, muy rica. Esa señora tenía ya unos sesenta años o más y se enfermó, y no había quien la cuidase. Entonces ese abogado se puso de acuerdo con su esposa y convidaron a esa señora a



Hangoslim (CC 3.0)



ir a tratarse en la casa de ellos. Entraba caridad y, probablemente, los negocios de la oficina también.

Mi madre frecuentaba asiduamente esa casa, y, habiendo quedado con mucha pena de esa persona enferma, la trataba con todo cuidado, siendo muy amable y gentil. En esa casa vivía una joven muy bonita que decía:

– Lucilia, tú haces el papel de boba. ¿Por qué la tratas con tanto cariño, le llevas flores, le muestras libros con grabados y tantas cosas para distraerla, cuando ella en el fondo no te quiere? Ella me quiere muy bien a mí.

– Tengo pena de ella – respondió mi madre.

La otra dio una carcajada:

– ¡Tú eres boba! La pena no existe, lo que existe es el interés. La otra tiene interés en agradarme y no en agradarte a ti. Mientras ella esté enferma, va a recibir muy bien tus caricias. Pero si estás aquí presente cuando ella

se vaya, vas a ver la manera como ella me agradece a mí y ti. A mí, que una vez por día me acerco a ella, converso con ella algunos minutos y me voy, verás los besos que me va a dar. En cuanto a ti: “Lucilia, muchas gracias”.

A mi madre le pareció improbable tal actitud. En la hora de la despedida, ella estaba allí. La señora enferma le dijo a la joven bonita:

– Muchas gracias por todo lo que hiciste por mí, te estoy muy agradecida, dame un beso, y uno

más; jamás me olvidaré de tus caricias.

Después le dijo a mi madre, que estaba al lado de la otra:

– Lucilia, te estoy agradecida, tú fuiste muy gentil conmigo.

¡Esa es la vida, eh! No sé si en la época dura en que estamos es necesario explicar que la vida es así, pues da la impresión de que eso no es una novedad para nadie.

Lo que estaba implícito en el modo como la joven bonita lo decía era: “Yo soy bonita y tú eres fea. Por lo tanto, a ti nadie te da importancia. Tú no consigues nada con nadie, porque bonita soy yo”.

Eso constituye una filosofía de la vida falsa y pésima. Pero, quiérase o no, es una filosofía de la vida.

Fuente de toda consolación

Por otro lado, Doña Lucilia fue comprendiendo que en la época en la cual ella vivía las relaciones ya no

se movían a no ser por interés, y que el afecto desinteresado hacía parte del tiempo expirante del romanticismo. Con la modernidad había entrado la brutalidad, el interés personal, el poco caso por los otros que sufren, y el desprecio. Eso marcó una gran tristeza en su vida, por comprender que todo no era sino aislamiento, pues todo el mundo era así y ella no tendría posibilidad de encontrar quien tuviese para con ella la forma de afecto y de unión de alma que ella quería tener con tantas personas.

De ahí resultaba entonces un problema axiológico: “¿Cómo es la vida? ¿Cómo debo hacer? ¿Cómo debo entender las cosas?” Donde entraba una profunda decepción y un modo muy severo, enteramente real y exacto, de ver a los otros.

Yo ya he visto personas que elogian un examen médico con estas palabras: “Tal doctor hizo un examen médico severísimo”. Evidentemente eso es un elogio, porque es para saber si se está enfermo o no. No se hace un examen flojo para que la enfermedad pase desapercibida. Si es para curar verdaderamente, el examen tiene que ser severísimo.

Antiguamente se usaba mucho esta expresión: “El médico exigió una radiografía”. Es decir, los enfermos no querían dejarse sacar la radiografía, porque la radiografía a veces da susto, y le sacaban el cuerpo, pero no podían, pues “el médico exigió”, o sea, quería decir: “no me siento seguro y no voy a cargar un diagnóstico equivocado en mi espalda; por lo tanto, hágase una radiografía, que yo la analizo y trato su problema, de lo contrario, no lo haré.” Ahora bien, Doña Lucilia hizo un examen severísimo de la vida. Con su sentido común y su rectitud moral, ella hizo una radiografía de la existencia y comprendió cómo era.

De ahí resultaba una gran decepción, y también un enorme consuelo, pues se ve bien todo lo que en ella confluía hacia el Sagrado Corazón

de Jesús, que es exactamente *Fons totius consolationis*, según una de las invocaciones de las Letanías del Sagrado Corazón de Jesús: Fuente de todas las consolaciones. Es verdad que, si en la vida encontramos solo decepciones, lo encontraremos a Él, que es la Fuente de toda consolación.

Un camino sembrado de espinas

Eso se aplica también al apostolado. Se entra a la vida de católico militante y se renuncia a una serie de bagatelas para darse enteramente al Sol de Justicia, que es Nuestro Señor Jesucristo, para que la vida transcurra bajo la dulce luz de Nuestra Señora, *pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata* – bella como la luna, electa como el sol y terrible como un ejército en orden de batalla. Se piensa: “¡Oh, qué legión de amigos magníficos me aguarda allá! Todos tan buenos, renunciaron a tantas cosas, el corazón de ellos es movido, como el mío, por la gracia de Dios y por los mismos ideales, ¡qué maravilla!”

A partir de determinado momento aparece una decepción, después otra, y se ve que todo no es una maravilla... Ora es un compañero de apostolado que está en crisis, y comienza a atormentarnos y a ejercitar nuestra paciencia; otro hace no sé qué, y comprendemos que entramos en un camino como el Vía Crucis de Nuestro Señor Jesucristo: sacrosanto, lindo, pero cuyo suelo está sembrado de espinas, las cuales, a veces, nos atraviesan el cuerpo de lado a lado.

Cuando eso sucede, la persona deberá decir: “Yo conocía ese camino,

no me dejaron hacerme ilusiones y no las tuve. Ahora llegó la hora.” Y paga el precio. Este es el precio del Cielo.

Quien piensa así puede estar acribillado de sufrimientos, pero su alma es como un cielo azul en un día límpido, pues ella está limpia, libre de desesperación.

Por ejemplo, en los ojos claros y serenos de Jesús moribundo no hay la menor señal de desesperación. ¡Nada!



Tranquilos y certísimos del Cielo. Él le dijo al buen ladrón: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.” Lo que quiere decir: “Yo voy a estar en el Paraíso, y dentro de poco.” Los dolores están aumentando, la liquidación de su cuerpo lo tritura, Él comprende que ha llegado el fin y que Longinos ya se encuentra afilando su lanza para atravesar bárbaramente su Corazón, símbolo del amor que Él nos tiene. Jesús conoce todo

eso, pero sabe también que cuanto más avanzan esos acontecimientos, más Él se aproxima del Cielo.

En la hora de la muerte, una gran señal de la Cruz

De ahí aquella palabra final, que indica todas sus esperanzas: *Consummatum est*. El precio fue pagado por entero, sufrí todo, ahora el Cielo está delante de mí.

Eso explica también por qué un alma como la de mi madre, habiendo sufrido mucho, era suave, tranquila, sin la menor señal de desespero, de destroz interior, sumisa al dolor, pero comprendiendo en toda su extensión cuáles eran los dolores de la vida, y segura de que en el fondo la victoria sería de los que sufren.

Nada más característico que el momento en que ella sufrió el dolor de la muerte. Ya había amanecido, por lo tanto, ella me podría mandar a llamar para asistir a sus últimos momentos, tanto más cuanto yo estaba en el cuarto del lado. Mi madre percibía su respiración cada vez más corta y sabía que tenía un problema del corazón, propio de personas con la avanzadísima edad que ella había alcanzado, y no podía tener duda de que la hora del *consummatum est* estaba llegando. ¡Ella ni siquiera quiso incomodarme en esa hora y por eso no me mandó a llamar! Apenas cuando llegó el momento, hizo una gran señal de la cruz, *et flavit spiritum*¹.

(Extraído de conferencia de 8/2/1995)

1) Del latín: expiró.



En su peregrinación a Europa, en 1988, el Dr. Plinio besa una imagen de Nuestra Señora tallada por San Luis María Grignion de Montfort. Saint-Laurent-sur-Sèvre, Francia

Nuestra Señora y la lucha entre la Revolución y la Contra-Revolución - II

Delante de una humanidad en extremo pútrida, casi incapaz de practicar verdaderamente la santidad, se hacen sentir vislumbres de una misericordia nueva asentada en la devoción a Nuestra Señora. En aquellos que procuran ser buenos existe una lucha entre los vicios y una gracia persistente, infablemente obstinada, indicando una enormidad de gracia que verdaderamente no tiene proporción con nada, una especie de señal precursora del Reino de María.

Vislumbres de una nueva acción de Nuestra Señora en las almas

Hay algo curioso en las revelaciones de Sor María de Ágreda¹ en las cuales dice que en el Apocalipsis hay muchos conceptos contenidos de un modo simbólico, que aún no fueron desvendados, a respecto de las relaciones de Nuestra Señora con los Apóstoles, especialmente con San Juan Evangelista. Y sólo cuando llegue la época en la que los teólogos de repente entiendan las claves del Apocalipsis a ese respecto, conocerán todo el tesoro que la Revelación contiene, y el Magisterio de la Iglesia podrá ejercerse en su plenitud en cuanto a ese nuevo panorama.

Eso concuerda mucho con lo que dice San Luis Grignon de Montfort. Es decir, forma un todo.

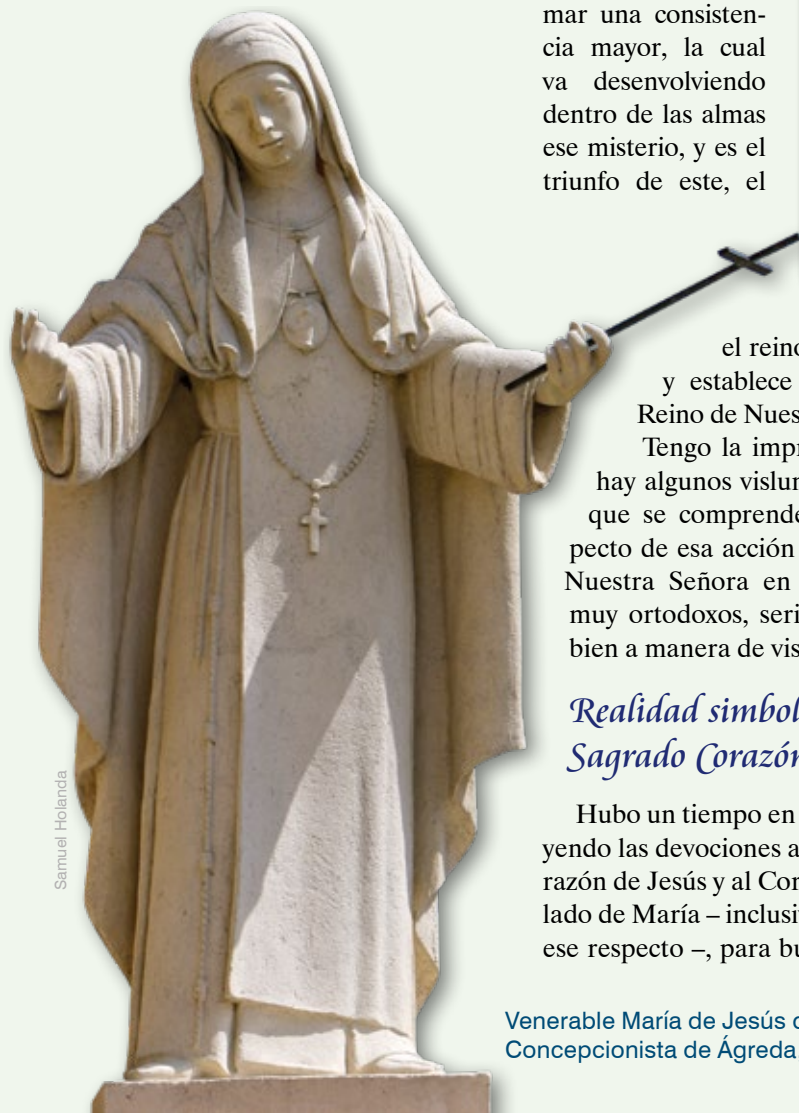
Si bien esa idea de María de Ágreda no esté probada por el simple hecho de ella decirlo, no tiene nada de heterodoxo. Habrá, presumiblemente, un momento en que eso va a desatarse, y ese conocimiento se va a consumir.

Entonces, tenemos este otro dato que es el progreso de ese misterio de gracia. Hubo una devoción a Nuestra Señora a lo largo de los tiempos que, en cierto momento, por el deseo de Ella, comenzó a tomar una consistencia mayor, la cual va desenvolviendo dentro de las almas ese misterio, y es el triunfo de este, el



Cláudio Agnaldo

San Elías – Iglesia de San Cayetano, Córdoba, España



Samuel Holanda

que acaba con el reino del demonio y establece el verdadero Reino de Nuestra Señora.

Tengo la impresión de que hay algunos vislumbres, por los que se comprende algo al respecto de esa acción misteriosa de Nuestra Señora en las almas. Y muy ortodoxos, serios, sólidos, si bien a manera de vislumbres.

Realidad simbolizada en el Sagrado Corazón de Jesús

Hubo un tiempo en que estuve leyendo las devociones al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María – inclusive encíclicas a ese respecto –, para buscar respues-

ta a la siguiente pregunta: En esencia, ¿qué es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús? Y después, por conexión: ¿Qué es la devoción al Inmaculado Corazón de María?

Sabemos que el objeto de esa devoción es el Corazón en cuanto miembro del cuerpo divino-humano de Él, o del cuerpo sagrado e inmaculado de Ella, pero que son, sobre todo, símbolos de algo de orden espiritual.

Entonces, ¿cuál es esa realidad simbolizada a través del corazón? Las encíclicas responden claramente a respecto de Nuestro Señor Jesucristo, y no es difícil hacer la transposición al Corazón Inmaculado de María. Resumiendo: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, como las encíclicas la presentan, es la devoción a



Sebastián C.



San Ignacio recibe de la Santísima Virgen los Ejercicios Espirituales – Iglesia de los Jesuitas. Córdoba, Argentina

quistar, es decir un espíritu en cuanto amoroso de los hombres. Y como frente a una humanidad pecadora el mayor triunfo de ese espíritu no es la justicia, sino la conquista, acaba siendo la misericordia. Porque por la justicia Dios manda al pecador al infierno, pero por la misericordia Él conquista al pecador. El mayor triunfo de Dios está en perdonar y en convertir.

Entonces comprendemos el aspecto misericordioso de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que es tan acentuado en la piedad popular. Y por otra parte, también bastante realzado en muchos documentos de la Santa Iglesia: El Corazón de Jesús en cuanto fuente de misericordia.

Similitud del Inmaculado Corazón de María

Paralelamente se entiende lo que es el Inmaculado Corazón de María, ni siquiera es preciso explicarlo.

Con todo, cuando se presta bastante atención a esas dos invocaciones y devociones, se nota que hay meandros dentro de los cuales caben algunas cosas que se intuyen, pero se tiene la impresión de que no fueron dichas por entero.

Hay una especie de comunicación de Nuestro Señor a quien le rinde culto a su Corazón, mayor, más completa, más entera, de la que concede a quien le presta culto en los otros misterios. Como también hay una forma de comunicación más plena de Nuestra Señora a quien le da culto a su Inmaculado Corazón.

Aquellos que tratan de esas dos devociones dicen que ellas son para los últimos tiempos, los finales de la Historia de la Iglesia, las últimas expansiones de la misericordia. Entonces, volvemos una vez más a la impresión de un incremento de la gracia que se opera mediante maravillas de misericordia, progresivamente y más intensamente a partir del momento en que esas dos devociones

aquello que podemos llamar el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, por lo tanto, su doctrina; no solo la doctrina, sino también su sabiduría, su santidad, es decir, una doctrina no sólo en cuanto concebida, sino poseída, personificada y vivida. Es decir, algo de lógico y algo contenido en esa expresión medio imponderable que es el espíritu de alguien como, por ejemplo, el espíritu de Elías.

¿Qué es el espíritu de Elías?

La comparación incluso no es muy feliz porque es la gracia de Elías. Pe-

ro digamos, por ejemplo, el espíritu de la Compañía de Jesús. ¿Qué es el espíritu de la Compañía de Jesús?

En su buen sentido, es el espíritu de San Ignacio. Entre tanto, ¿qué es el espíritu de San Ignacio? Es el conjunto de doctrinas específicamente suyas y en cuanto vividas por él, poseídas por él, simbolizadas por él. De tal manera que él era el paradigma de su propio espíritu.

Así es el espíritu de Nuestro Señor Jesucristo, pero en cuanto queriendo diseminarse, contagiar, con-

fueron reveladas a los hombres. Es, por tanto, un aspecto más para completar la idea de un misterio de gracia a manifestarse, a ser declarado.

Señal precursora de una gracia superabundante que unirá a los hombres con Nuestra Señora en el Reino de María.

Se tiene la impresión de que esa gracia, esa misericordia nueva incidió sobre una humanidad en extremo pútrida, que casi se volvió incapaz, a fuerza de tanto vicio, para practicar verdaderamente la santidad. De tal manera decadente desde el punto de vista moral, que es algo que indicaría que debe venir el fin del mundo.

Veo, entre tanto, en aquellos que procuran ser buenos, la lucha entre una gracia persistente, inefablemente obstinada, y una serie enorme de retrocesos en sentido contrario, de rechazos, de molicies, de infidelidades de toda especie y tamaño.

No obstante, me parece ver una victoria progresiva de esa gracia, marcada de una manera muy interesante por la forma mediante la cual las personas progresan espiritualmente dentro de nuestro Movimiento. En ese sentido, es tanta la misericordia que soy llevado a ver en eso una especie de señal precursora de esta gracia superabundante que en el Reino de María va a atar los hombres a Nuestra Señora.

A mi juicio, eso no sería explicable sin esta gracia dada a los débiles, a los pequeños, y que corresponde a aquella divisa de

la Iglesia de Filadelfia, según dice el Apocalipsis: débil, pero fiel (Cf. Ap 3, 8). Una gracia que sostiene en la fidelidad a aquellos que son muy débiles.

En la humanidad más floja, más pobre, descienden gracias continuas, las más inmerecidas que, sin embargo, van formando un caudal de virtud absolutamente indiscutible. Tantos casos de regeneración moral magnífica, de gente que pasa de chico de la calle a lo que hay de más recomendable en materia de piedad y virtud, y no se puede dejar de reconocer que hay ahí un enorme soplo de la gracia, algo eminentemente sobrenatural, y comparable a los grandes soplos de la gracia que registra la Historia de la Iglesia. Naturalmente aún es una cosa de

comienzo, en sus primeros vagidos, en sus movimientos iniciales, pero existe.

Todo esto indica una enormidad de gracia que verdaderamente no tiene proporción con nada de lo que pasa hoy. Y esta gracia está toda basada en la devoción a Nuestra Señora.

Si tuviéramos una disminución de la devoción a María Santísima que fuese del tamaño de un milímetro –si es que se pudiesen medir esas cosas en milímetros– nuestro Movimiento explotaba ahora mismo. Tengo la impresión de que no habría tiempo de acabar mi conferencia. De tal manera todo eso es nacido de la devoción a Nuestra Señora y vive del aliento de Ella.

La devoción a la Virgen María está en relación con otras virtudes como el motor del avión al avión. El motor lleva atrás de sí todo el resto. La devoción a Nuestra Señora es el motor de todas las virtudes. Estando en progreso, todo el resto va detrás.

Creo que no debo terminar esta exposición sin hablar un poco respecto de Santa Teresita del Niño Jesús, y de la “Pequeña Vía” en relación con lo expuesto.

Si esto es así, entonces pasamos a otro orden de ideas que parece colateral, pero que nada tiene de colateral.

Santa Teresita del Niño Jesús, en su *Historia de un alma*, tiene también varias referencias a una intensidad nueva del amor de Dios, tan poderosa que va a coger a aquellos que son pequeños, insignificantes, poco poderosos en varios sentidos de la palabra, y llevarlos a la santidad.



Flávio Laurencio

Virgen del Amparo - Iglesia de San Esteban, Plasencia, España



*Mon Dieu je choisis
tout ce que vous voulez !
St. Thérèse de l'Enf. Jésus de la 1^{re} Jean*

Estampa de Santa Teresita perteneciente al Dr. Plinio

Entonces, es una mayor efusión de la gracia divina en cuanto conquistadora, de la benignidad de Dios, en cuanto contentándose con poco para hacer grandes cosas, una mayor manifestación de la eficacia de la gracia, en cuanto sacando lo grande de aquello que es pequeño.

Santa Teresita dice que ella se inmóvil como víctima en holocausto al amor misericordioso de Dios, para consagrar una vía que incontables almas deberían seguir. Y que ella, en el Cielo, pasaría su eternidad haciendo caer una lluvia de pétalos de rosas sobre la Tierra.

Es evidente que los pétalos de rosas significan gracias temporales como las que ella concede, pero para conducir a gracias espirituales, y que

es ese mayor amor de Dios de que acabamos de hablar.

Debe haber una relación entre esa esperanza de ella de un progreso del amor misericordioso de Dios y la aurora del Reino de María.

Aunque ella no haya expresado eso en términos de Reino de María, se percibía también que el hecho debería darse después de su muerte, con una cierta continuidad, no para comenzar a aparecer de allí a mil años. Y la muerte de Santa Teresita correspondía, de algún modo, al desencadenar de eso. Y que, por tanto, la marcha progresiva del amor misericordioso en el mundo debería ser hecha a partir del camino por ella abierto.

La “Pequeña Vía” acaba siendo cuando es estudiada en todos sus aspectos, a varios títulos, la vía por la cual las almas pequeñas de una humanidad decadente serían

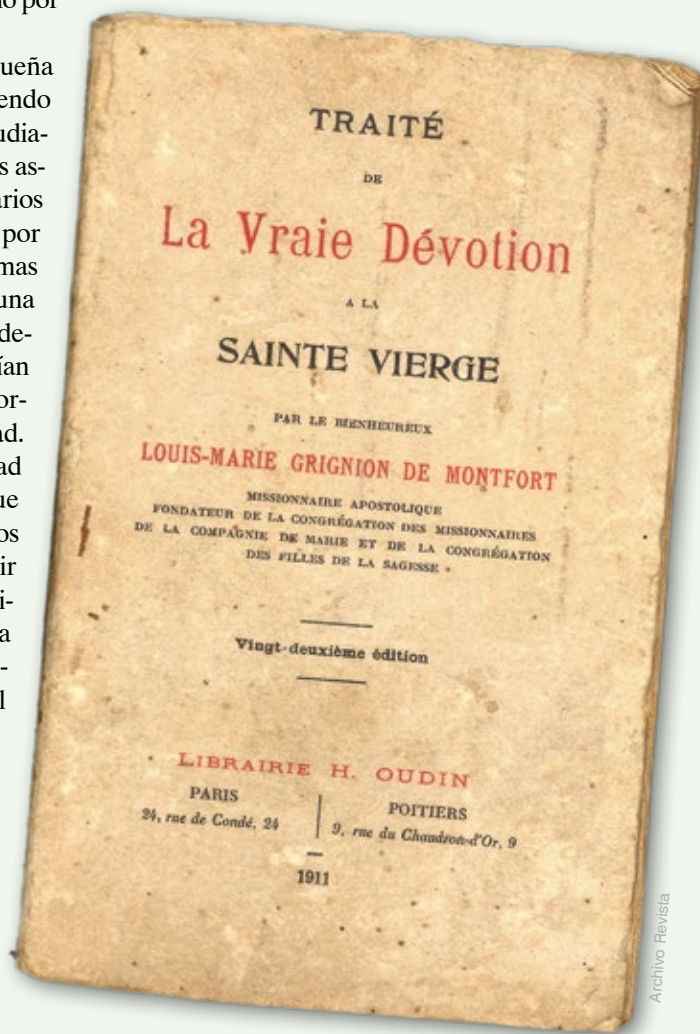
tomadas por la misericordia y llevadas a la santidad. Es, pues, la espiritualidad específica de aquellos que quieren ser hijos y esclavos de Nuestra Señora, y subir en las vías de la vida espiritual. Tenemos, así, una relación entre la “Pequeña Vía” y esa aurora del Reino de María.

Una novena a Santa Teresita

Hay una cosa puramente individual, pero que viene al caso recordar: allá por el leja-

no 1930, hice una novena a Santa Teresita, en la que yo pedía dos gracias: una era que me llegase a mis manos un libro que diese progreso a mi vida espiritual. Y otra, que consiguiese una buena suma de dinero para no tener preocupaciones financieras, y poder dedicarme al apostolado sin preocupaciones.

Enseguida fui atendido en cuanto al primer pedido. En la semana en que inicié la novena, fui a la Iglesia del Corazón de María, a comprar un libro de vida espiritual. Solamente tenía dinero para comprar un libro, entonces escogí mucho para, por lo menos, llevar el que más me convenía. Y al final de cuentas opté por el libro de San Luis María Grignon de Montfort. Pero lo escogí por una bagatela, pues estaba impreso en rojo y negro, una edición muy bonita,





El Paraíso – Libro de Horas del Duque de Berry,
Museo Condé, Chantilly, Francia

christusrex.org

y porque, en último análisis, el rojo siempre ejerció una atracción sobre mí. Acabé, así, decidiéndome por el *Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen*.

Lo llevé a casa y comencé a leerlo. ¡Entonces comprendí que era un paraíso!

Santa Teresita fue muchos menos rápida en atender la segunda parte del pedido, y mucho más parsimoniosa también. Pero la primera parte ella la atendió generosamente.

Tengo la impresión de que esta gracia del Reino de María algunas almas muy elegidas de Nuestra Señora, desde Elías hasta el fin del

mundo, la tuvieron y la tendrán. Pero eran hechos individuales, que pasarán a ser un episodio colectivo cuando venga el Reino de María. Elías fue el primero, y Eliseo la tuvo porque recibió el espíritu de Elías.

Aquí hay otro misterio. ¿Qué es esa comunicación del espíritu, cómo se hace, cuál es la realidad?

Creo que San Luis Grignon de Montfort tuvo eso de un modo magnífico. A mi modo de ver, quien quiera tener una idea de cómo fue Elías, puede leer la Biblia, pero también el libro de San Luis, porque esas personas son prefiguradas y siguen a otras. Más o menos como los anticristos

que son pre-figurativos del mal a lo largo de la Historia.

Creo que San Luis Grignon de Montfort fue eminentemente una especie de Elías. Y que hay así algo a la manera de gotas de gracias “eliáticas” que caen de vez en cuando. Y que habrá una era en la que esa gracia de Elías va a quedar patente para el mundo entero, y entonces será el Reino de María. ❖

(Extraído de conferencia de 11/7/1967)

1) Religiosa concepcionista, escritora mística, abadesa del convento de Ágreda, España (*1602 - +1665).



Formación cultural y apetencia metafísica

No existe formación cultural que no tenga como raíz una apetencia metafísica, aunque en la mayor parte de los casos ésta sea subconsciente. Si alguien busca el conocimiento sin estar motivado por esa apetencia, jamás se hará sabio.

Quería dar un ejemplo concreto, todavía de los tiempos de mi infancia, de cómo la Revolución industrial falsea todas las cosas. Hubo una época en que la egiptología tuvo un gran realce porque dos hombres, Lord Carnarvon y Howard Carter¹ -este último más célebre que el otro- estaban haciendo investigaciones en la tumba de Tutankamón.

El conocimiento artificial y el que nace del interés

Parece que encontraron la entrada de una pirámide y sacaron todo lo que ella contenía. Se estaba todavía en el período en que la influencia y el dominio inglés sobre Egipto eran muy grandes. En Inglaterra, naturalmente, aprovechó eso para mandar al Museo Británico innumerables cantidades de tesoros egipcios, de manera que la parte egiptológica de ese museo es algo colosal.

En virtud de los descubrimientos de la Revolución Industrial, un viaje de Inglaterra a Egipto se hacía con mucha mayor facilidad que en épocas

anteriores. El mantenimiento del poder inglés en Egipto se hacía muy fácil porque podían transportar armas y tropas a toda hora. Y fue lo que los ingleses hicieron: ocuparon Egipto y después lo desocuparon.

Ciertamente fueron usados medios técnicos de todo tipo para detectar dónde estaba la puerta de la pirá-

mide, cómo era el sistema de ventilación, cómo sacar los objetos, el modo de guardarlos, transportarlos en camiones hasta el Cairo y de llevarlos a los navíos donde estaba todo listo para ser enviado al *British Museum*.

Con el excedente de objetos que ese museo no pudo almacenar, se estableció entonces un mercado de egiptolo-



TNYC (CC3.0)

gía en El Cairo para vender esas cosas a otros países. De ahí la afluencia de coleccionistas; y también de negociantes acudiendo a montar hoteles para recibir toda esa gente. Entonces los hoteles, las casas de diversión, las agencias de turismo esparcidas por toda Europa y los Estados Unidos colocaban anuncios de este tipo: “Venga a divertirse... ¿Diversión moderna? Sin duda es mucho más agradable. Pero ¿por qué usted no experimenta una diversión de hace dos mil años? Venga a ver cómo se divertía fulano...” Y colocaban un “egipcito” estilizado. “Venga a conocer el mundo fabuloso de las pirámides...”

Esa manera de proceder lleva artificialmente a la pirámide todo un torbellino de gente. Pero todo era un movimiento artificial, en el sentido de que, haciendo tan fácil el acceso a la pirámide, creaba alrededor de ella múltiples intereses de personas que no tenían entusiasmo por la pirámide y solamente iban por turismo y sin saberse por qué más, quedando el tema “pirámide” mezclado con otros asuntos...

Ese material va para Inglaterra. Construyen -estoy imaginando- dependencias especiales en el *British Museum*: “Sala Tutankamón” o “Pabellón Tutankamón” solamente con cosas de ese faraón. Después montan el “Pabellón del dios Ra” y lo llenan de todo tipo de cosas. Al lado se establecen pensiones y hoteles para los científicos que quieran estudiar allá. Se instala un nuevo mercado de pequeños recuerdos, imitaciones de las cosas de las pirámides, vendidas como *souvenirs*.

En determinado momento, el gobierno inglés resuelve: “Es urgentemente necesario -no se sabe por qué con tanta urgencia- descifrar todo cuanto hay aquí”. Entonces se monta en la Universidad de Oxford una facultad de Egiptología, y mandan venir egiptólogos del mundo entero para vivir allí. Y, dentro de un programa para de aquí a treinta años, cuando se conmemore el “tantigésimo” aniversario del descubrimien-



Réplica de la máscara mortuoria dorada de Tutankamón, Museo Egipcio, El Cairo-Egipto

to de Champollion², poder presentar todo ya descifrado.

Eso acaba por atraer una cantidad de gente que no tiene verdadero interés por la pirámide pero que va a estudiarla como podría, por ejemplo, ir a trabajar en una fábrica de cordones de zapatos en Canadá: Allí todo está en orden, hay buenas condiciones de vida y entonces vamos a estudiar la pirámide!

Se forma así, forzosamente, una máquina destinada al estudio de la Egiptología, y el resultado es que el sujeto no estudia aquel material egiptológico en la medida de su interés, ni tiene libre iniciativa para profundizar el tema y se ve en la obligación de preparar un informe sobre tal punto concreto del asunto para el trigésimo aniversario del desciframiento que hizo Champollion. Y punto.

Resulta una producción arqueológica enorme, pero el aprovechamiento de todo es muy inferior a lo que sería si fuese hecho sin la Revolución Industrial.

No existe formación cultural sin apetencia metafísica

¿Qué sucedería si no hubiera habido Revolución Industrial? Irían a ver

las pirámides solo los fanáticos de la Egiptología. Ellos tendrían realmente las capacidades para ir, las estudiarían lentamente, mucho más a fondo. Habrían vencido la barrera de la pereza, de la indolencia, de la timidez. Serían casi los “bandeirantes”³ de la Egiptología los que irían. Investigarían sin encargos, movidos por el deseo desinteresado de conocer la Egiptología. Serían hombres que no trabajarían ni siquiera para hacerse célebres, porque la máquina de la propaganda no estaría montada en torno a ellos.

Entonces tendríamos una Egiptología dirigida y ejecutada por los egiptólogos que, aunque yendo más despacio, habrían estudiado todos los misterios del asunto “Egipto” apropiadamente. De manera que cuando se publicasen esos estudios, aunque hubiesen muerto, serían obras de primera, y una escuela de egiptólogos se habría instalado allí, no tan diferente de los setenta sabios del faro de Alejandría.

Resultado: se habrían producido más despacio, sin prisa, sin propaganda, mucho más a fondo, cosas de calidad muy superior.

En mi opinión, no existe formación cultural ninguna que no tenga como raíz una apetencia metafísica. Esta apetencia, que en la mayoría de los casos debe ser subconsciente y no conscientemente metafísica, le da al sujeto el deseo de conocer algo porque percibe que su alma queda más integrada, más completa si él sabe aquello. Ese es el detonador de toda la vida intelectual de una persona. Quien no conoce algo por apetencia metafísica, jamás llegará a ser sabio. Ese deseo metafísico supone, por tanto, una actitud ante el tema semejante a la del alma piadosa, seria, recta ante la Doctrina Católica.

Conocimiento amplio pero desigual

Tomen un buen católico que quiere estudiar la Doctrina Católica. Esto ya



supone lo siguiente: no querer conocer por igual todo, sino adquirir un conocimiento suficiente respecto a ella, lo que él debe saber y algunos puntos que debe anhelar conocer a fondo. El individuo cuyo objetivo es conocer todo por igual, no quiere conocer nada sino apenas mostrarse. Este no sirve.

Quien quiere conocer algunos puntos con mayor profundidad, a medida que estudia va enriqueciendo su alma y toma una actitud contemplativa. Y su avidez por el asunto va yendo más lejos, va subiendo, y casi se podría decir que existen en él las tres vías de la vida espiritual: la purgativa, la iluminativa y la unitiva.

En la vía purgativa, él se va interesando tanto por determinado asunto que termina desinteresándose de otros temas a no ser en cuanto se relacionan con el principal. En la vía iluminativa, él va creciendo cada vez más en conocimiento. En la vía unitiva, él se hace un sabio porque con sus reflexiones, de tal manera él está unido al asunto que se hace capaz de adicionar cosas nuevas.

Me gustaría agregar que hay algo vagamente comparable con la unión mística: el individuo como que se transforma en el asunto, y el asunto se transforma en él. De tal manera que es imposible estudiar la materia sin sentir la marca de la personalidad de él. Pero es igualmente imposible tratarlo sin ver la materia -por así decir- viva en él. Es el auge de la vía unitiva.

Despertar interés y relacionar el conocimiento con hechos de la vida

El punto de partida de la formación sería despertar en la secundaria, y tal vez también en la primaria, una apetencia. Pero no se trata de imponerla así: “Usted va a ser tal cosa” No. Se trata de interrogarlo: “¿Qué pide su alma?”

Entonces, encaminarla en esa dirección con un cuidado muy gran-

de de no formar maníacos. No creo que un verdadero egiptólogo sea un maníaco que se pasa el día entero en una pirámide. Este no sirve de nada. Debe ser un hombre común, un jefe de familia que maneja algún negocio, se interesa por acontecimientos, está al tanto de la vida, de la Revolución y de la Contra-Revolución, y de ahí saca los interrogantes para sus estudios.

Es decir, los interrogantes son unos de los puntos más importantes de la vida intelectual. Las preguntas deben surgir de lo cotidiano común y de los problemas del individuo en contacto con la vida de todos los días.

Si no preguntó es porque no entendió. Ese cuento de pensar que cuando alguien nunca pregunta es porque entendió todo es propio de quien ni siquiera entendió lo que es entender. Eso es estar en la superficialidad de la vida intelectual.

Procurando lo maravilloso

Una de las razones por las que el apostolado de algunos de nosotros es tan fecundo es ante todo, por la bendición de Nuestra Señora, pero también es el hecho de no tener nada de esa enseñanza “cartesiana”, como quien dijera: “Voy a explicarle a usted lo que es la egiptología. Porque antes de que estudiemos Egipto es necesario saber lo que es la Egiptología. Si no, no funciona.” Terminaría todo aquello en un estudio escolar “ploc-ploc”⁴. En cambio, en el método que propongo se mezclan cosas de la vida o se cuenta algún hecho. Y es en ese contacto con la vida que se forma el científico, porque así se es un hombre vivo.

El individuo tiene una necesidad de vivir, que le sale del fondo de su alma. Tiene necesidad de huir de este mundo industrializado de hoy, hacia una forma de maravilla que solamente encontraría si fuese capaz de vivir en el fondo del mar, donde hay

un universo que refresca todas sus imágenes dándole otras ideas. De manera tal que sería capaz de ponerse una escafandra e ir a ver un galeón sepultado en las aguas. Pero si ese galeón fuese restaurado, llevado a un puerto y transformado en un museo, no iría a verlo, pues el galeón no le interesa sino verlo sumergido en el agua. ¿Por qué? Por la especial poesía que existe en el mar.

Y diré algo que parece muy audaz: un hombre como ese, si tuviera fe y talento, podría pintar aspectos del Cielo parecidos con la vida submarina. Esto refrescaría las nociones sobre el Paraíso, sacándolo de ese nivel perpetuamente renacentista y poniéndolo en otra clave. Es probable que el Cielo empíreo tenga una porción de cosas de estas que no somos capaces ni de imaginar, pero que nos refrescan una serie de nociones.

¿Ya se ha pensado en el progreso que la cultura y el arte podrían tener a partir de esto? Cuántos de nosotros, sin percibirlo, padecemos porque nunca nos enrumamos por esos senderos ignotos que darían respiración a nuestras almas.

No estoy seguro de lo que voy a decir, pero es una hipótesis que levanto: ¿No sería un complemento interesante de toda cultura que el individuo fuese capacitado para imaginar, interesarse y estudiar uno o dos mundos más o menos reales, más o menos inexistentes pero que le representasen lo posible maravilloso?

Por ejemplo, al niño le gusta comer algodón de azúcar. Le gusta saborear aquello, no tanto por el azúcar sino por lo maravilloso. ¿Por qué no explicar y comentar cosas así? Por el contrario, le dicen: “Oiga niño, deje ya eso. Llegó la hora de estudiar matemáticas”. Y va a estudiar matemáticas, pero con rabia.

Cuando leemos descripciones sobre cómo era la educación en el *Anticén Régime*⁵, vemos que esta iba en esa dirección, pero sin el aspecto de lo



Una familia del Ancien Régime

maravilloso ni de la cuestión “Revolución y Contra-Revolución” R-CR⁶.

Discerniendo lo sobrenatural y lo preternatural de la realidad

Entre tanto, alguien podría pensar que la temática R-CR no es sino el concepto católico del carácter militante de la Iglesia y de la vida, de manera que teniendo ese concepto se domina ya todo el asunto. Por lo tanto: estudie los Ángeles, un poco los demonios, el Pecado Original, la debilidad humana y la ascesis, practique los principios contenidos en el libro “Revolución y Contra-Revolución”, reprima sus defectos, desarrolle sus virtudes, y usted tendrá una R-CR viva en sí mismo. Entonces habría mucha gente que diría: “¿Es-

tán viendo? Este es un hombre de Fe y que enseña doctrina buena.”

Ahora bien, no es eso propiamente. Estamos en este mundo no solamente para trabar ese combate sino también para conocerlo. Y conociéndolo, ver la vida -que es un objeto de contemplación- como reflejo de Dios en su santidad, y de lucha contra el demonio en su ignominia. Por supuesto que no son situaciones idénticas. No son dos dioses: uno bueno y otro malo. El demonio no se refleja en las cosas como Dios, pero, aun así, tiene sus reflejos. Debemos aprender a amar a Dios en esa realidad llamada “lucha”, en la que conocemos el bien y el mal, amamos el bien y odiamos el mal, en concreto, como existen. Porque eso nos fue dado para subir, después, a los más altos pensamientos del amor de Dios

en la medida en que nuestras almas lo pidan.

Pero para eso tenemos que amar el orden del universo. Y para amar ese orden tenemos que amar los varios órdenes que lo constituyen, y odiar lo contrario de aquello, o sea, lo que el demonio está haciendo.

No es una lucha en tesis, sino como existe hoy. Esta es la batalla que debemos conocer. Nuestro amor y odio deben estar allí, viendo a Dios en cuanto infinitamente superior a todas esas realidades, Autor de todo cuanto es bueno y opuesto a todo cuanto es malo. Fluctuando por encima de todo eso hay una gracia que corresponde a un cierto discernimiento del carácter sobrenatural y preternatural de esas realidades y que, en cierto sentido, es el mejor sol de ellas. Ahí tenemos Revolución y Contra-Revolución. ❖

(Extraído de conferencia de 15/11/1986)

- 1) George Edward, V Conde de Carnarvon. Financió la expedición liderada por Howard Carter, descubriendo la tumba de Tutankamón en 1922 en el Valle de los Reyes-Egipto.
- 2) Jean-François Champollion (1790-1832). Egiptólogo francés que encontró las bases para descifrar los jeroglíficos egipcios.
- 3) Exploradores portugueses del siglo XVIII en Brasil.
- 4) Expresión onomatopéyica creada por el Dr. Plinio para designar un defecto en ciertas personas que, carentes de intuición, no dan importancia a los símbolos y niegan el valor de la acción de presencia. Quieren explicar todo con raciocinios expresados de modo lento y pesado, a la manera como un cubo gira en el suelo, emitiendo el sonido “ploc-ploc”.
- 5) Sistema social y político aristocrático vigente en Francia y Europa antes de la Revolución Francesa.
- 6) Abreviación del libro del Dr. Plinio “Revolución y Contra-Revolución”.

Alta vocación de los Reyes Magos



En esta página y en las siguientes, vitrales que narran la historia de los Reyes Magos Catedral de Saint Gratien de Tours, Francia

Todos los sacerdotes, reunidos en el Templo, deberían haber comunicado al pueblo que los tiempos habían llegado a su madurez y, conforme a las profecías, finalmente el Mesías habría de nacer. Sin embargo, fue necesario que viniesen de lejos los Reyes Magos para anunciar en Jerusalén su nacimiento. Esto muestra el auge de degradación al cual esa ciudad, aún no deicida, había llegado.

Don Guéranger, sacerdote francés, restaurador y abad del priorato benedictino de Solesmes, y fundador de la Congregación en Francia de la Orden de San Benito Abad, hace los siguientes comentarios respecto de la vocación y dignidad de los Magos¹.

Los Reyes Magos profesan el firme deseo de adorar al Mesías

Habiéndose levantado sobre el Oriente la estrella anunciada por Balaán, los tres Magos, cuyo corazón se había abierto a la espera del Mesías libertador, sintieron antes que nada la impresión de amor que los llevaba a Él.

Ellos recibieron la nueva de la alegre venida del Rey de los Judíos de un modo místico y silencioso, diferente de los pastores de Belén, a los cuales la voz de un ángel invitó para que fuesen al pesebre. Pero el lenguaje mudo de la estrella es explicado en sus corazones por la acción del Padre Celestial que les revelaba a su hijo.

En esto, su vocación fue más alta en dignidad que la de los pastores, los cuales, según las disposiciones divinas en la Antigua Ley, no conocieron nada a no ser por el ministerio de los ángeles; pero si la gracia divina se dirigió inmediatamente a todos los corazones, se puede también decir que ella los encuentra fieles.

Los Magos, hablando a Herodes, expresaron la simplicidad de su empresa: “vimos su estrella y venimos a adorarlo”. Esos reyes dóciles dejan, por tanto, de un momento para otro, su patria, sus riquezas, su reposo, para caminar en el seguimiento de una estrella, cuyo término ignoraban.

El poder de Dios que los había llamado los reunía en un mismo viaje y en una misma fe. Los peligros del viaje, los cansancios, el temor de que se levantasen contra sí las sospechas del Imperio Romano, nada los hizo retroceder. Su primer paso, su primer reposo fue Jerusalén. Es, pues, a esta ciudad sagrada –que en poco tiempo será maldita– donde ellos llegan. Gentiles que vienen a anunciar a Jesucristo y declarar que Cristo vino. Con toda la seguridad y toda la calma de los apóstoles y de los mártires, ellos profesan su deseo firme de adorar al Mesías. Obligan a Israel, depositaria de los oráculos divinos, a confesar uno de los principales caracteres del Mesías: su nacimiento en Belén.

Herodes se agita en su lecho y medita el proyecto de masacrar, pero es tiempo de que los Magos dejen la ciudad infiel, que ya recibió con su presencia el anuncio de su repudio. La estrella aparece en el cielo y los reyes deciden tomar nuevamente su camino. Algunos pasos más y ellos estarán

en Belén, a los pies del Rey que ellos vinieron a buscar.

La vocación de los Magos fue más alta que la de los pastores

Esos comentarios son burbujeantes de ideas profundas, de las cuales cada una merecería verdaderamente una conferencia.

La primera idea es una comparación entre los Magos que fueron en búsqueda del Niño Jesús, guiados por la estrella, y los pastores. Es una comparación que quiere saber cuál es el valor del procedimiento de unos y de otros delante de la Navidad, por el modo a través del cual les fue anunciada a unos y a otros la venida de Jesucristo.

Entonces, dice que la llegada de Jesucristo fue anunciada a los pastores por medio de los ángeles. Y a los Magos, ciertamente por una estrella que estaba en el cielo, y ellos supieron que ella significaba la venida del Mesías. ¿Cómo? En virtud de comunicaciones

internas de carácter místico y silencioso obradas por la gracia de Dios en el alma de cada uno, haciendo que cuando la estrella llegase, ellos supiesen que se trataba del anuncio del Mesías que venía. Entonces, vivamente tocados por un movimiento de la gracia, que era una fidelidad a la voz interna del Padre Eterno en su alma, los Magos creyeron en la estrella, y como ésta se movía, ellos la siguieron.

Tenemos así dos procesos. Uno es el anuncio de fuera hacia adentro: los pastores, por un hecho externo a ellos -altamente milagroso y extraordinario-, quedan sabiendo que el Mesías nació. Por el contrario, los Magos toman conocimiento de que



Los Reyes Magos llegan a Jerusalén

Samuel Holanda



el Mesías nació por medio de un hecho interior, que la estrella sólo viene a aclarar un poco más.

Voz interior impulsada por la gracia

¿Qué tiene más mérito: seguir a los ángeles o a la voz interior? Según la “herejía blanca”²² sería a los ángeles porque, para este tipo de mentalidad, la aparición de un ángel es la prueba de la santidad; más aún, si una persona tiene la emoción santificante de ver al ángel, en aquella sensación ella se vuelve santa de una vez. Es una especie de suspiro santificante. De manera que lo más importante sería haber recibido el anuncio de un ángel y corresponder a él.

Además, es más espectacular ver al ángel, porque voz interior ¿cuántos la tienen? ¿Y quién sabe si es una voz interior o no? Puede haber dudas. Con un ángel no, es una cosa probada, garantizada y, por otra parte, importante: ¡Dios mandó a un ángel a hablar con aquél...! ¡Oh, no es poca cosa! Voz interior es la vida de todos los

días, una cosa apagada, sin gracia, sin vivacidad... En consecuencia, ¡vale mucho más recibir un anuncio por intermedio de los ángeles, y es más fiel quien lo sigue!

Don Guéranger, sin embargo, gran teólogo y especialista en la consideración de estos temas, muestra que la operación interna de la gracia en un alma vale más que cualquier hecho externo, y que la fidelidad a la voz interior es más preciosa que la fidelidad a un anuncio exterior; y por esto aquéllos que no vieron al ángel, pero creyeron en esa voz interior, tuvieron mayor mérito.

Evidentemente, la voz interior no es un susurro, sino una forma particular de acción del espíritu, provocado por la gracia, en que el alma percibe, discierne, pondera; e iluminada por la misma gracia, llega a las conclusiones impregnadas de espíritu de fe.

Ése es directamente un fruto del Espíritu Santo, y la fidelidad a él es más ardua, pero al mismo tiempo más meritoria, que la fidelidad de los pastores oyendo la voz de los ángeles.

Se podría objetar: “Pero esas voces interiores a veces engañan”.

Es cierto. Pero ¿cuál es la conse-

cuencia? ¿Que Dios hace mal en hablarnos por medio de la voz interior? ¿Quién osaría censurar al omnipotente? Y si Dios no hace mal, ¿deberíamos dejar de oír, como quien dijese: “Déjalo que Él hable...”? Hay una frase en la Escritura que dice: “Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones” [Sal 95 (94), 8]. Por lo tanto, no podemos hacer oídos sordos a la acción interior de la gracia en el alma, sino que debemos saber discernir, con el auxilio que el propio Dios nos da para eso.

Aquí se aplica bien la palabra de Nuestro Señor a Santo Tomás Apóstol: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron. (Jn 20,29). *Este pensamiento es fecundísimo.*”

Jesús en la cuna ya estaba dividiendo, causando polémica

Otro aspecto que el texto resalta es la degradación del pueblo elegido. Nacido el Mesías, su pueblo debería recibir el aviso de su nacimiento. Ahora bien, ese aviso debería ser dado en Jerusalén y en el



Los Reyes Magos delante de Herodes

Samuel Holanda



Los Reyes Magos retoman el camino Guiados por la estrella

Samuel Holanda

Templo. Lo normal sería que todos los sacerdotes reunidos en el Templo, en el momento en que una nube dorada entrase en el recinto sagrado, y un cántico angélico se dejase sentir, tuviesen la confirmación de aquello que su alma ya les estaba diciendo, o sea, que los tiempos habían llegado a su madurez, que los hechos coincidían con la descripción de las profecías y que, finalmente, el Mesías iba a nacer. No obstante, fue necesario que viniesen desde lejos los Reyes Magos – gentiles, paganos, ajenos a la nación, hijos, por tanto, de pueblos reprobados y condenados– para anunciar en Jerusalén que el Mesías había nacido.

Es decir, es el auge de la degradación para la Jerusalén aún no deicida, pero a la que nada faltaba para serlo.

Es interesante notar la reacción de los sacerdotes. Ellos confirmaron que el Mesías debía nacer en Belén y, con

eso, indicaron una de las características que, de hecho, Aquél era el Mesías. Por lo tanto, sin quererlo, dieron un testimonio de que aquel nacimiento se daba en las condiciones previstas por las profecías. Así, involuntariamente, ellos sirvieron a la causa de Jesucristo. El resto es sólo miseria.

Herodes ordenó la matanza, quiso eliminar al Niño. No consta que nadie en la Sinagoga se haya rebelado contra esto. No creo que la Sinagoga, ya tan pacifista, se incomodase con el derramamiento de la sangre de los inocentes...

El resultado es que comenzó la lucha de la Sinagoga contra Nuestro Señor Jesucristo. Él se encontraba en la cuna y ya estaba dividiendo, causando polémica; no era la causa sino el motivo de una mortandad. La primera sangre derramada por Él fue vertida cuando aún era Niño.

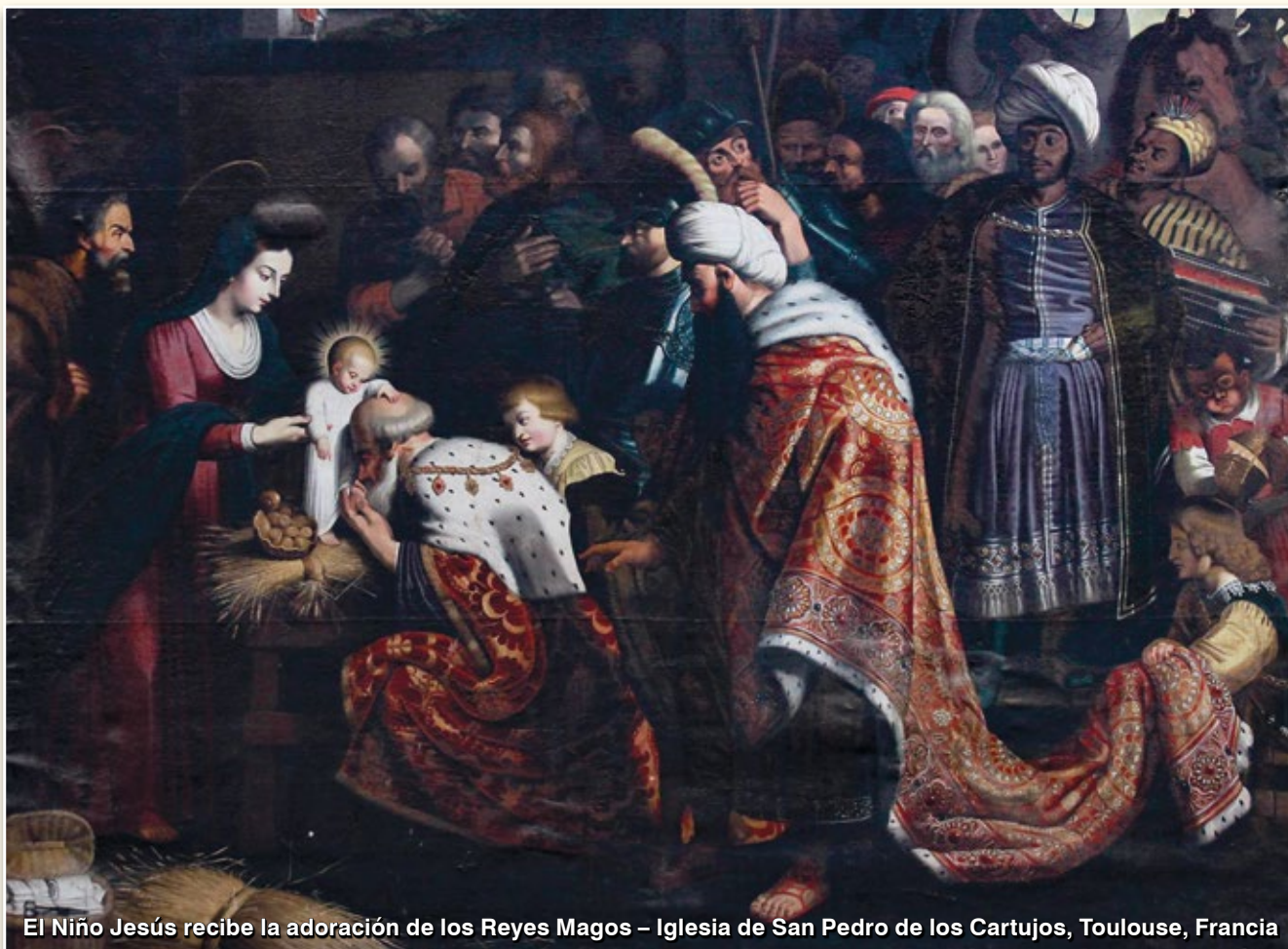
Piedra de escándalo para que se revelasen los pensamientos de muchas almas, para construcción y edificación, y para la perdición de muchos, como después lo dijo bien el profeta Simeón. (Luc. 2, 35).

Estas son las consideraciones que me parece pertinente hacer con respecto al día de Reyes. ❖

(Extraído de conferencia de 6/1/66)

- 1) No disponemos de las referencias bibliográficas.
- 2) Expresión metafórica creada por el Dr. Plinio para designar la mentalidad sentimental que se manifiesta en la piedad, en el arte y en la cultura en general. Las personas por ella afectadas se vuelven indolentes, mediocres, poco propensas a la virtud de la fortaleza, así como a todo lo que signifique esplendor.

Samuel Holanda



El Niño Jesús recibe la adoración de los Reyes Magos – Iglesia de San Pedro de los Cartujos, Toulouse, Francia



SANTORAL

1. Solemnidad de Santa María Madre de Dios.

2. San Basilio Magno (†379) y **San Gregorio Nacianceno** (†3c. 389) obispos y doctores de la Iglesia. Nacido de una familia cristiana, en Cesarea de Capadocia, en el año 330, San Basilio poseía una gran virtud y mucha cultura. Después de muchos años de vida de retiro, en el 370 fue elegido obispo de su ciudad natal. Combatió la herejía arriana, escribió libros y reglas monásticas. San Gregorio, nacido el mismo año, emprendió muchos viajes con el objetivo de adquirir ciencia. También llevó una vida solitaria. En el 381 fue designado obispo de Constantinopla y después de Nacianzo, su ciudad natal, en donde entregó su alma a Dios.

3. Santísimo Nombre de Jesús.

Santa Genoveva, virgen (†c. 500). A los quince años, aconsejada por el obispo San Germán de Auxerre, tomó el velo de las vírgenes. En el periodo de las incursiones de los hunos, alentó

a los habitantes de París a resistir y los ayudó durante la escasez de alimentos.

4. Santa Ángela de Foligno, viuda (†1309). Después de la muerte de su esposo y de sus hijos, siguió las huellas de San Francisco, entregándose totalmente a Dios. Escribió un libro donde narra las experiencias de su vida mística.

5. San Juan Nepomuceno Neumann, obispo (†1860).

6. Solemnidad de la Epifanía del Señor. Ver página 20.

San Juan de Ribera, obispo (†1611). En la ciudad de Valencia, San Juan también ejerció las funciones de Virrey. Fue muy devoto de la Santísima Eucaristía, defendió la verdad católica y educó al pueblo con insistentes instrucciones.

7. San Raimundo de Peñafort, presbítero († 1275).

8. San Jorge, monje y ermitaño († c. 614). Durante la semana vivía como anacoreta en el monasterio de Coziba, Palestina, y los domingos se reunía con los otros religiosos para predicarles, escucharlos y darles consejos.

9. San Adriano, abad (†710).

Beatos José Pawlowski y Casimiro Grekewski, presbíteros y mártires (†1942). En el campo de concentración de Dachau, próximo de Munich (Alemania), estos sacerdotes polacos, por profesar la Fe, consumaron su fidelidad al Señor subiendo al patíbulo de la horca.

10. San Agatón, papa (†681).

Beato Gonzalo de Amarante, presbítero (†c. 1259). Después de una larga peregrinación por Tierra Santa, ingresó en la Orden de los Predicadores y más tarde se retiró a una ermita, ayudando a construir un puente y trabajando por el bien de los habitantes del lugar con sus oraciones y predicación.

11. San Teodosio, cenobita (†259).

San Paulino de Aquilea, obispo (†802). Se esforzó en promover la conversión de los ávaros y de los eslovenos y presentó al rey Carlomagno un poema insigne sobre la Regla de la Fe.

12. El Bautismo del Señor

San Ferreol, obispo y mártir (†659). Fue mortalmente herido por un sicario mientras exhortaba a la multitud a la práctica de la virtud.

13. San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia (†367).

San Remigio de Reims, obispo (†c.530) Después de conducir al rey Clodoveo a la fuente bautismal, convirtió a Cristo todo el pueblo franco, y después de sesenta años de episcopado, falleció, célebre por su vida y santidad.

14. San Fermín de Gevaudan, obispo (†s. V).

15. San Francisco Fernández de Capillas, presbítero y mártir (†1648). Perteneciente a la Orden de los Predicadores, anunció el nombre de Cristo en las Islas Filipinas y después en Fujian, China, donde durante la persecución de los tártaros fue encarcelado y allí sufrió el martirio.



Gabriel K.



Santo Tomás de Aquino

16. San Marcelo I, papa (†309).

17. San Antón, abad (†356). Este insignie padre del monaquismo nació en Egipto cerca del año 250. Después de la muerte de sus padres, distribuyó sus bienes a los pobres y se retiró al desierto. Tuvo numerosos discípulos y trabajó en defensa de la Iglesia, estimulando a los confesores de la Fe durante la persecución de Diocleciano y apoyando a San Atanasio en la lucha contra los arrianos.

18. Santa Margarita de Hungría, virgen (†1270). Hija del rey Bela IV, fue dedicada a Dios por sus padres a fin de obtener la liberación de los tártaros y, aún niña, entró en el monasterio de las monjas de la Orden de los Predicadores e hizo profesión a los doce años, entregándose totalmente a Dios.

19. Domingo II del Tiempo Ordinario.

San Macario, el Grande, presbítero (†c. 390). Abad del monasterio de Sceta,

Egipto. Se consideraba muerto para el mundo y vivía solo para Dios, enseñando ese modo de proceder a sus monjes.

20. San Sebastián, mártir (†c. 288). Murió mártir en Roma al comienzo de la persecución de Diocleciano. *Ver página 2.*

21. Santa Inés, virgen y mártir (†c. s. III-IV).

22. San Vicente, diácono y mártir (†304).

Beata Laura Vicuña, virgen (†1904). Nacida en Chile, tuvo que mudarse hacia Argentina. Fue azotada brutalmente por defender su pureza y murió por una grave enfermedad, después de ofrecer su vida por la conversión de su madre.

23. Santos Severiano y Aquila, mártires (†s. III). En Cesarea de Mauritania (hoy Argelia), esos santos esposos, por profesar su Fe en Cristo, fueron condenados a la muerte en la hoguera.

San Idelfonso, obispo (†667).

24. San Francisco de Sales, obispo y Doctor de la Iglesia (†1622).

25. Conversión de San Pablo Apóstol.

26. Domingo III del Tiempo Ordinario.

San Timoteo y San Tito, obispos (†s. I). Discípulos y colaboradores del Apóstol San Pablo, gobernaron las iglesias de Éfeso y de Creta respectivamente. A ellos fueron dirigidas las cartas llamadas “pastorales”, que contienen excelentes recomendaciones para la formación de los pastores y de los fieles.

27. Santa Ángela de Mérici, virgen (†1540).

28. Santo Tomás de Aquino, presbítero y Doctor de la Iglesia (†1274).

29. San Alfraates, anacoreta (†c. 378). Nacido y formado entre los persas, se convirtió al Señor en Belén y se retiró a Edesa. Más tarde, con su predicación y sus escritos defendió la Fe Católica contra los arrianos.

30. Santa Batilde de Chelle, viuda (†680). Siendo reina, erigió un monasterio bajo la Regla de San Benito. Después de la muerte de su marido, Clodoveo II, gobernó el reino de los francos hasta que su hijo asumió el poder. Entonces se retiró al monasterio que había fundado y vivió hasta el fin de sus días en oración y recogimiento.

31. San Juan Bosco, presbítero y fundador (†1888). Nació cerca de Castelnuovo, en la diócesis de Turín, en 1815. Ordenado sacerdote, consagró todas sus energías a la educación de la juventud, para formarla en la práctica de la vida cristiana y en el ejercicio de una profesión.



San Macario



Alegría de hacer el bien

En el mundo pagano existían horrores nefandos relativos al trato entre las personas. Cuando Nuestro Señor entró en la Historia, la alegría de ser bueno y de hacer el bien comenzó a brillar entre los hombres. Con todo, actualmente hay una cierta melancolía en el trato, y la alegría por la felicidad ajena desapareció. Si fuéramos fieles a Nuestro Señor, el trato verdaderamente católico podrá ser restaurado y perfeccionado.

El trato caballeresco me hace recordar de mis tiempos de niño una cantidad de cosas en las que el problema del trato y del modo por el cual unos deben ver a los otros comenzaba a aflorar en mi espíritu.

Sucesión de amistades rotas de repente

Yo tenía esta particularidad, como todo el mundo: establecía amistad con algún niño; en el primer período había simpatía, interés, agrado. La amistad llegaba a un determinado punto, y de repente me parecía percibir el fondo de su mentalidad. Y me venía siempre una sensación de tedio irremediable, de fal-

ta de atracción, una especie de saturación. Y rompía.

De manera que mi vida de niño, vista bajo este punto de vista, podía ser considerada una especie de sucesión de amistades rotas de repente. ¿Inconstancia? ¿Capricho? ¿Fantasía? ¿Qué era? Solamente tuve un amigo que me acompañó a lo largo de la adolescencia. Él tenía apenas un año menos que yo, y cierto día, por otras razones, nos separamos. Yo no quería seguirlo y tomamos rumbos diferentes en la vida.

Pero con ese mismo niño, muy allegado a mí por el parentesco y que, por tanto, era una especie de amigo con quien tropezaba a toda hora, yo tenía períodos de saciedad. Me pare-

cía que él también pasaba por fases de saciedad con relación a mí, pero que nos soportábamos por la comodidad del trato y por un fondo de estima que a veces el parentesco inspira. Eso sucedía con frecuencia.

La sensación que me venía, frustrante, era ésta: cada persona que se conoce de lejos da una impresión, pero cuando se tiene un conocimiento de cerca, a veces la impresión hasta mejora; sin embargo, cuando se conoce completamente de cerca, aparece alguna cosa que repele. Y, naturalmente, se notaba también de parte de los otros algo así: me conocían, pero en determinado momento había un rechazo. Y si no acababa en una ruptura, daba por lo menos en un trato tenso, con rabias, envidias, rivalidades, enfados, entusiasmos bruscos acompañados de saciedad. Faltaba el alimento para la continuidad de esa amistad.

Por otra parte, considero muy bonito tener amistades. Mi madre contaba hechos de la historia de su padre, de conocidos que eran amigos unos de los otros, pero amigos reales, hasta de causar asombro. Y yo me preguntaba: ¿Será que la amistad desertó del mundo? ¿Que en mi generación no hay más amistad? ¿Que somos incapaces de ser amigos unos de otros?

Amistad entre Lalau y Totó

Mi madre narraba este hecho ocurrido con mi abuelo. Él heredó unas tierras en el interior de São Paulo, que era un monte salvaje. En aquel tiempo –bastante más de cien años atrás–, Pirassununga, Araraquara, São Carlos, esas regiones que están tan próximas de nosotros, eran el monte. Mi abuelo resolvió mandar organizar una estancia, pero desde São Paulo, y no tenía la menor idea de las cosas del campo. Esto yo heredé de él. Me acuerdo de mi entusiasmo, de pequeño, porque una vez metí un grano de maíz en la tierra y salió un brote: ¡sembré una planta! Ya era algo.

Un amigo suyo del tiempo de niño, que poseía negocios en aquella zona, pasó por la hacienda de mi abuelo, vio que estaba mal organizada y fue a hablar con él. Y ellos se trataban por el sobrenombre que tenían desde la época de la infancia: el amigo, que se llamaba Estanislao, era tratado de Lalau, y mi abuelo, Antonio, de Totó.

Lalau dijo a Totó:

— Mira, Totó, itú hacienda es una vergüenza! Tu precisas comprarme más esclavos y durante cinco años no pienses en tu hacienda, no aparezcas por allá, no me preguntes nada. Solamente, cada año, me das un cheque para pagar los gastos de la hacienda. De aquí a cinco años, te doy una hacienda totalmente establecida, con un cafetal produciendo, y tú con una cuenta abierta por mí en el banco, con las ganancias de la hacienda.

Mi abuelo encontró la idea muy interesante, compró los esclavos, los entregó a Lalau y no se metió más con la hacienda. No conversaban sobre ella. Pasados cinco años, Lalau – que por otra parte era un barón del Imperio– buscó a mi abuelo y le dijo: “Mira, Totó, vamos ahora a ver tu hacienda. Está lista, vas a quedar contento”. En aquel tiempo se viajaba a caballo. Fueron juntos y la hacienda estaba hecha un primor, floreciente.

Entonces mi abuelo quiso pagarle, pero Lalau respondió:

— Ni me hables de eso, ¡está prohibido! Porque yo hice eso por ser tu amigo.

Yo miraba a mis amigos y me preguntaba: ¿Quién hace eso hoy? En mi tiempo de infancia, o se pagaba muy bien –y aún se examinaban las cuentas para ver si no hubo robo–, o salía un desastre. Y yo quedaba con este interrogante en la cabeza: “¿El tiempo de los amigos acabó?”

Episodios del tiempo de la Revolución Francesa, de la Edad Media...

Por ejemplo, yo leía hechos del tiempo de la Revolución Francesa. Mandaban a aquellos nobles todos a prisión. Llegaba el oficial de justicia y ordenaba reunir a todos los prisioneros y prisioneras, y cada día mandaba diez o quin-



Hacienda San Antonio de las Palmeras, otrora perteneciente al Dr. Antonio Ribeiro dos Santos (en destaque), abuelo del Dr. Plinio



ce a ser guillotinado; los otros quedaban esperando hasta el día siguiente. Algunos consiguieron atravesar todo el tiempo de la Revolución y, un día feliz, fueron liberados. La esperanza de ellos era conseguir la libertad.

Había dos con nombres muy parecidos, no eran parientes, pero sí muy amigos. El verdugo llama a uno, pronunciando mal su nombre – porque era analfabeto y no sabía leer bien –, y pronunció el nombre del otro. Este dijo “presente” y fue a la guillotina.

El primero no estaba allí en el momento. Cuando llegó, preguntó: -¿Quién fue llamado?

— Fuiste tú.

— ¿Cómo que yo? ¡Estoy aquí!

— X subió en tu lugar y fue guillotinado. Ahora tú estás prácticamente indultado, porque cuando lo llamen a él, tú puedes decir que no eres él, pues en el registro oficial constas como muerto. Nunca más te van a llamar. Quedas aquí en la prisión.

Leía también episodios del tiempo de la Edad Media, relativos a caballeros que iban a combatir en Oriente. Por ejemplo, uno estaba cercado de adversarios, iba a ser preso; prendieron a otro de más categoría, que a los enemigos convenía más, se presentaba y decía: -Yo me ofrezco para que aquel no sea preso, porque está enfermo.

— No, yo no quiero, declaraba el beneficiado.

Los moros preferían al de más categoría. Lo llevaban y dejaban al otro. Es decir cosas increíbles!

Y pensaba: Si yo supiese que alguien es capaz de tener por mí esa dedicación, comenzaría a considerar su compañía interesante, y encontraría alegría en dedicarme también así.

Esto da un cierto sentido a la vida. Pero ese egoísmo mutuo, esa paz armada, ideo no es vida!

... y de la antigua Grecia

Leí incluso una anécdota del tiempo de la antigua Grecia. Todas las ciudades griegas eran republiquititas independientes. Cuando una de esas ciudades tenía dictador, éste era llamado tirano, palabra que no poseía el sentido peyorativo que tiene hoy. Entonces, el tirano de una ciudad había condenado a muerte a un sujeto que era muy amigo de otro. El sentenciado a muerte pidió permiso al tirano para ir a despedirse de la familia. El tirano dijo: -¡Eso es una broma! Tú vas a despedirte de la familia y huyes. No voy a autorizarlo.

Afirmó el condenado:

— Tengo un amigo que sirve de rehén. Si yo no estuviere aquí a la hora de la ejecución él consiente en ser muerto en mi lugar.

Había, evidentemente, toda especie de peligros, con aquellos caminos muy poco seguros, bandidos y otras cosas así. Podemos imaginar cuántas posibilidades había de que el prisionero que fue a visitar a la familia antes de ser muerto, en la ida o en la vuelta, fuese agarrado por ladrones, preso, y su amigo iba a morir. Sólo para permitir aquel último consuelo de despedirse de los suyos, el amigo consintió en correr ese riesgo.

Plaza pública, fuerza armada, el amigo que había quedado como rehén, en pie. Estaba llegando el momento -ellos marcaban la hora por el reloj solar- de la ejecución. Todos están mirando, el tirano también presente en una tribuna, en una especie de trono, cuando, de repente, entra corriendo en la plaza el condenado y dice.

— Ah, ¡qué alivio! ¡Logré al menos encontrarlo vivo!

Se abrazaron muy cordialmente y ambos se dirigieron al tirano, el cual, impresionado, declaró:

— Pero ¿cómo es posible una amistad así? Yo pensaba que no existía. Vamos a hacer una cosa: yo los perdono y ustedes me admiten como tercero en esa amistad.

Ellos respondieron:

— No, porque la amistad no se compra ni se vende. Si quiere, mate a uno de nosotros, pero para ser un tercero en esta amistad elevada y dedicada usted necesita merecerla.

Todo esto es una cuestión que salió completamente de las mentes. No se oyen contar casos de estos, no se comentan cosas así. Es otra visión del mundo.

¿Qué hizo el tirano? ¿Mandó matar a los dos? Él reveló, al menos, un rasgo de grandeza de alma al decir:

— Está bien, los perdono a los dos; vayan a ser amigos por ahí.

Consideren que, en general, estos tiranos eran bandidos, hombres sinvergüenzas que llegaban al poder por medio de crímenes. Pero éste tuvo un destello de honestidad en este gesto.



Georg Heinrich Sieveking (CC0.0)

Dos señoras ejemplarmente bonitas, muy finas y elegantes

Yo veía personas antiguas, de la generación de mis padres y, sobre todo, de la de mis abuelos, tratándose entre sí. Y notaba que el modo de tratarse era muy diferente del de mi generación. Ellas se trataban con respeto, pero con una forma de respeto que en mi generación no había.

Mi abuela tenía una amiga y mantuvieron la amistad hasta el fin de la vida. Mi abuela murió con ochenta y cuatro años de edad. Esa señora vivió un poquito más, tal vez un año o dos.

Eran dos señoras ejemplarmente bonitas, de las más hermosas que yo haya visto. No sólo bonitas por tener el rostro bien formado –como puede ser una muñeca de vidrio–, sino muy finas, elegantes.

Ellas se habían conocido cuando jovencitas. Sus casas, en la minúscula São Paulo de aquel tiempo, eran relativamente próximas. No había teléfono, y una joven sólo podía salir a la calle con alguien de la familia; sola, nunca. Y ellas, entonces, muchas veces tenían deseo de encontrarse, pero no podían porque no había nadie para acompañarlas. Así pues, en una hora fijada, ellas se ubicaban en las ventanas de las respectivas casas, con binóculos, y hacían señales, comunicaban cosas, etc., conversaban.

Ambas después fueron hacendadas en el interior de São Paulo. Y pasaron algunos años sin verse, porque las haciendas eran muy distantes. Posteriormente, los maridos volvieron a morar en São Paulo y ellas recomenzaron la amistad.

Yo las conocí ya muy viejas. Esa señora iba a visitar a mi abuela todas las semanas, un día fijo. Y para mi abuela ése era un día sagrado. “Esta tarde es para Doña Fulana de tal, que viene aquí a casa. ¡No se discute!”



Doña Gabriela

chas conversaciones muy animadas, pero no eran como las conversaciones de otrora. En estas había algo que estaba presente y no se encontraba en las conversaciones de mi generación.

Más de una vez, cuando veo los buses llenos –esto es una confidencia paternal– yo me pregunto: ¿cómo será el ambiente allí dentro? En comparación con los viejos ambientes que conocí, ¿cómo suceden allí las cosas?

Yo veía esta diferencia y me preguntaba: ¿Qué había desaparecido? ¿Qué había transformado de tal manera la convivencia? Tuve que analizar mucho para poder responder.

La primera noción que me vino fue que en mi generación las personas se trataban con cortesía. Pero una cortesía muy común y cinematográfica. En comparación con la de los antiguos tiempos, como eran las amistades de otrora, las gentilezas, las formas, las finuras, la cosa había decaído mucho. Se puede decir que la auténtica cortesía estaba muriendo para dar lugar simplemente a un trato no incorrecto, pero que ya no tenía las dulzuras de otrora.

Dulzura de vivir

Y una vez, leyendo un libro francés escrito por un historiador en extremo interesante, Lenôtre –Gosselin Lenôtre–, Gens de la Vieille France, Gentes de la Francia Antigua, yo encontré una frase de Talleyrand, un bandido, pero hombre inteligentísimo, que había conocido a María Antonieta –no preciso decir más nada– y que decía lo siguiente: “Quien no vivió antes de la Revolución Francesa no conoció la dulzura de vivir.”

Yo pensaba para mis adentros: “¡Es realmente así! Esas ciudades con fábricas, tranvías, automóviles, bocinas, luz eléctrica –la pequeña São Paulo ya tenía todo eso, en escala pequeña–, el ‘correcorre’, los

Más de una vez yo me metí en la sala para ver a las dos saludarse.

Ellas llegaban, se daban un beso en cada lado de la cara:

— ¿Cómo estás yendo, bien?

— Bien. Y tú, ¿cómo estás?

— Bien

Se sentaban y comenzaba aquel relato que continuaba la conversación de no sé cuánto tiempo atrás.

Generalmente, venía una hija de mi abuela, u otra persona de la familia, que participaba un poco de la conversación, pero después dejaba a las dos a solas, porque se veía que a ellas les gustaba conversar sobre cosas de sus tiempos y de sus recuerdos. Era más cariñoso dejarlas a solas.

Pero yo lamentaba porque quería oír la conversación de ellas, que era todo el tiempo tan entretenida, hablando con una voz un poco más baja: ellas decían tantas cosas, que eran mucho y no eran nada. Cuando acababa la conversación, se besaban de un modo tan festivo, tan solemne, tan bonito, que daba gusto ver.

Cortesía muy común y cinematográfica

En nuestra familia constituíamos una rueda de primos y teníamos mu-



MMA (CC3.0)



Charles Maurice de Talleyrand-Périgord- Museo Metropolitano de Arte, Nueva York, EUA

trenes y todo lo demás; sólo no había los aviones: es imposible en esta atmósfera la dulzura de vivir antigua”.

Fui a ver un libro de Lenôtre que trata de eso. Me acuerdo del caso de una familia que en el trayecto entre París y Londres, en territorio francés, tenía una hospedería. Se viajaba en carruaje de caballos en aquel tiempo, y el trayecto duraba muchos días. Entonces los viajeros dormían en hospederías a lo largo del camino. En esa hospedería, una familia inglesa se hospedó y fueron muy bien tratados, quedando muy contentos con el hospedaje. A la hora de irse, el jefe de familia preguntó cuánto debía. El francés presentó la cuenta. El jefe de familia miró... –ya se está viendo la pelea– y dijo que protestaba, que no podía aceptar aquella cuenta porque era tan barata y el trato tan excelente, que él no podía consentir en pagar sólo aquello. ¡Es increíble!

para retribuir la gentileza.

Esto, en un hotel de hoy, sería completamente imposible. Pues bien, era un hecho que hacía parte de la antigua cortesía.

Cartouche “asalta” a una duquesa

Había en Francia, en el Ancien Régime¹, un famoso bandido llamado Cartouche.

En cierta ocasión, una duquesa ya estaba preparada para dormir cuando ve de repente un hombre que salta dentro del cuarto, por la ventana; hace a ella un saludo y el diálogo que se trabó entre ellos fue más o menos el siguiente:

— Madame, lo lamento mucho, pero soy Cartouche. Estoy muerto de hambre y vine a pedir a usted que mande traer alguna cosa para comer y beber. ¿Usted tendría la inmensa gentileza de hacerlo?

Discusión va, discusión viene, el inglés era más obstinado y el francés acabó diciendo:

— Está bien, ¿cuánto quiere usted pagar?

— Quiero pagar tanto.

Era mucho más. El francés aceptó, cerraron la cuenta y el carruaje se fue. Durante el viaje, a la hora del almuerzo, los ingleses pararon, fueron a tomar los víveres que tenían en la parte de atrás del coche, en una caja, y percibieron que el hospedero francés había puesto varias botellas de vino excelente, que no estaban en la cuenta, pa-

Ella dijo, trémula, aterrada:

— ¡Claro que sí!

— Yo me escondo detrás de su cama y usted toca la campanilla para llamar a su empleado o a su empleada. Y mande traer una comida con todo cuanto tiene guardado, porque quiero comer bien.

— Ah, por supuesto.

El modo de llamar a los empleados era el siguiente: entre un piso y otro de un palacio había siempre un espacio vacío y por ahí corrían cordones. Para una persona de lujo el cordón era de seda; ella tiraba del cordón, que hacía sonar una campana en el cuarto del empleado.

Entonces la duquesa toca la campana, viene la empleada y pregunta qué desea.

— Quiero tal cosa. Tráigalo con una mesita.

— La empleada trae las cosas y, la duquesa le dice:

— Ahora puede ir a dormir, no preciso de nadie más.

Cartouche salió detrás del cortinado, que se usaba en torno de las camas en aquel tiempo, y comenzó a comer. A cierta altura, le dijo:

— Mire, la comida de su casa es muy rica. Ahora voy a probar el vino.

Abrió una botella de vino, bebió; después otra botella. Eran vinos de calidades diferentes. Entonces dijo:

— Positivamente, he bebido vinos mucho mejores que éstos...

Cuando terminó, agregó:

— Señora Duquesa, perdón por haberla incomodado, por el mismo camino por el cual entré voy a salir. Pero usted me permitirá una libertad: voy a mandar un vino mejor que el que usted bebe, el cual tomé -no dijo que robó- de la casa de tal magistrado. Si usted me permite, voy a mandar vino de la casa de él para usted.

En aquella situación ella concordaba con todo. Cartouche debía estar viendo, por su fisonomía, que la duquesa estaba aterrada.

Cuando Cartouche se fue, ella llamó a la empleada, mandó cerrar todo, etc., y no sé si consiguió dormir.

Rayó el día, comienza la vida, la casa está en su normalidad; a cierta hora viene un empleado y le dice.

— Señora Duquesa, hay aquí una caja de vinos que mandaron entregarle a usted.

Ella fue a ver, era la caja de vinos que Cartouche había enviado, con una nota: “¡Disculpe el susto que le di ayer por la noche!”

Si vamos a comparar con nuestros días, la comparación raya en la imbecilidad.

Pastillas deliciosas, flores de cactus lindísimas

Sin embargo, se presenta un problema: ¿Cómo sentía la vida esa gente? ¿Cómo conseguían actuar así? ¿Cómo era su modo de ser? ¿Y por qué eso se acabó? Un niño, que observara las cosas de este lado, era naturalmente llevado a hacer estas preguntas.

Puesto el problema, voy a dar las reflexiones como las fui haciendo, gradualmente.

En la casa de mi abuela había un jardín grande. Los jueves todos los niños iban allá, corrían, jugaban, etc. Un tío mío llegaba cuando la animación alcanzaba el auge. En aquel tiempo, no se toleraban ciertas infracciones a la educación. Entonces paraban la diversión y todos los niños iban a besar la mano de este tío y le preguntaban cómo estaba.

Él tenía un placer especial en traer, de vez en cuando, un paquete de pastillas extranjeras con jalea de frutas adentro, deliciosas. Si no las traía, nosotros lo trataríamos del mismo modo, porque estábamos obligados a ello. Pero yo percibía que él tenía una cierta alegría de vernos contentos. Y que, entre no gastar un poco más de dinero o de causar aquella alegría, para él era un placer que valía la pena.

A veces yo veía personas mayores que yo hacer pequeñas gentilezas. Por ejemplo, recuerdo que un señor fue a visitar nuestra casa. Entró con dos flores de cactus lindísimas y dijo: “Viniendo aquí encontré esto en una floristería. Son bonitas y tal vez a usted le guste”. Y se las dio a la dueña de casa, quien quedó muy contenta y mandó que fuesen puestas en un florero cerca de ella. Noté que ese señor, que era su cuñado, estaba contento de ver que esta señora iba a pasar el resto de la tarde mirando aquellas flores. Independientemente de cualquier cosa, a él le daba alegría ver la alegría de otro.

Debo decir que este sentimiento estaba casi desaparecido en mi generación. Y percibí, mirando hacia el pasado, que él había sido mucho mayor en las generaciones anteriores, cuanto más se retrocedía en el tiempo. Era un sentimiento que correspondía a un hábito social que consistía en la alegría de causar alegría, la satisfacción de causar satisfacción. Y la dulzura de vivir estaba implantada, establecida.

Horrores de la Roma pagana

Esa idea me llevó a preguntar: ¿Pero en la época pagana era así o no? Vi entonces que, con una u otra rarísima excepción, en el tiempo del paganismo no era así. Había cosas en sentido opuesto, que nos dejan tiesos. Por ejemplo, un hombre llama a un esclavo y le dice: “Quiero matar a alguien y necesito ver si este veneno es eficaz. Tú vas a tomarlo y voy a verificar sus efectos”. El esclavo sabía que si se resistía sería castigado. Enton-

ces tomaba el veneno y moría con contorsiones delante de su dueño, el cual a veces estaba tratando de negocios, etc., miraba un poco para ver si correspondía a la muerte que quería causar al enemigo.

Banquetes en Roma, en el tiempo de decadencia del Imperio Romano. Las mesas eran en forma de “U” y los romanos hacían los banquetes echados, se apoyaban sobre una mano y comían con la otra. Y no existían cubiertos como hoy, sino apenas cuchillos. Las personas comían con la mano. En los banquetes de aquellos ricachones de Roma, se hartaban de alimentos, se embriagaban con vinos, etc. De vez en cuando, comían tanto que sentían que no les cabían más alimentos en el estómago. Entonces mandaban venir esclavos especialistas en provocar vómitos. Con plumas de ciertas aves, hacían cosquillas en la garganta y ellos



Tomas Castelazo (CC3.0)



Tomas Castelazo (CC3.0)

Flores de cactus



vomitaban en la misma sala del banquete. Después venían esclavos o esclavas con cabello abundante, preparado, trayendo vasijas perfumadas. Ellos se lavaban las manos, la boca, etc., y se enjugaban en el cabello del esclavo o de la esclava. Y recomenzaban el banquete.

Pero aquel que los veía expulsar toda la comilona, era, muchas veces, una persona que mal había podido comer. Porque los esclavos eran tratados como podemos imaginar. Es decir, los romanos no tenían el mínimo gusto por la felicidad del otro, el mínimo sentido de la reciprocidad, la más mínima alegría de haber sido afables dando algo. Sólo buscaban su propia ventaja. Resultado, numerosos suicidios, que a veces sucedían durante el banquete. Se mataban mandando abrir las venas de las muñecas, y quedaban con las manos dentro de una vasija con agua perfumada, conversando, hasta caer muertos. Era un episodio del banquete. Hacían llevar afuera el cadáver del individuo que, decían, fue a viajar a otra parte...

Marquesa de Sévigné

La solidaridad que vincula una criatura a otra, por la cual lo que causa dolor en una le duele a la otra, lo que alegra a una alegra a la otra, este sentido de reciprocidad desapareció completamente en nuestros días.

En las carreteras, cuando ocurre un accidente, a veces piden a los conductores que paren para llevar en sus autos a un herido. Yo conozco el caso de alguien que dio esta respuesta: "Mi automóvil es nuevo y su sangre lo va a ensuciar. No acepto" Y sigue.

¿Es o no es la misma mentalidad?

Entonces, se nota que está establecido otro clima moral totalmente diverso, en el que esa reciprocidad, el deseo de hacer el bien por el bien que el otro siente desaparece. Y otra cosa que desaparece es el



respeto: la alegría porque el otro es más que nosotros, de hacerle reverencia, honrarlo.

Hace poco hablaron aquí de la Bonbonnière Marquesa de Sévigné, que es una casa de bombones de París. Pero esa marquesa fue un personaje histórico célebre. Ella vivió en tiempos de Luis XIV, escribió cartas famosas, nadie redactaba misivas tan bien como ella.

Por ejemplo, en una carta a una amiga – digamos que fuese una baronesa – ella escribiría: "Quiera creer, apreciada amiga, Señora Baronesa, en los sentimientos de mi indefectible amistad con los cuales tengo la honra de suscribirme: su amiga y servidora, Fulana de tal."

La alegría de honrar a los otros desapareció también. Cualquier alegría de hacer el bien desapareció. Hacer el bien pasó a ser desagradable. Y, por el contrario, ver a los otros perecer, liquidarse, poco importa, con tal que yo tenga mi propio bien.

¿Cómo puede ser agradable la conversación entre dos personas si cada una sabe que la otra tiene esas ideas con relación a sí misma?

Es imposible no percibir una cierta melancolía en el trato de hoy. Hay una excitación nerviosa. Pero esa alegría por la felicidad del otro desapareció. ¿Cómo se explica que hubo esto, y cómo que haya dejado de existir?

Con Nuestro Señor la alegría comenzó a irradiarse en la Tierra

Hubo Alguien que entró en la Historia. Cuando eso sucedió, el mundo entero era una noche igual a la que acabo de describir. El brilló en la Historia y la alegría de ser bueno y de hacer el bien comenzó a relucir entre los hombres.

La alegría de respetar y hasta de venerar, la alegría de dedicarse, la alegría de sacrificarse, la alegría de haber causado el bien y saber que el otro quedó alegre, sin que el otro sepa que fuimos nosotros los que le causamos el bien, sino por el bien que fue hecho. Esta alegría comenzó a irradiarse en la Tierra por Alguien designado por tres palabras: dos indican el título, y uno el nombre: Título: Nuestro Señor. Nombre: Jesucristo.

San Pedro emplea una fórmula que yo leí y quedó como una fulguración que nunca se apagó en mi espíritu. Para describir la vida de Nuestro Señor, él dijo esta síntesis latina: "Pertransivit benefaciendo" (Act 10, 38), pasó por la vida haciendo el bien. El tiempo entero, desde el comienzo hasta el fin, haciendo el bien, haciendo el bien, haciendo el bien, sin mirar para nada más, a no ser para la alegría de hacer el bien. Y con el desbordamiento, la abundancia que conocemos y que llegó a este auge: en el Huerto de los Olivos, cuando fue preso, Él dio orden a los verdugos: "A estos dejadlos ir en paz" (Jn 18,8) ¡Eran los discípulos que huían! Ellos no podían haber huido, pero huyeron. Sin embargo, el perdón era tal que Él tuvo so-

lamente esta expresión: “A estos dejadlos ir en paz.”

Más aún: San Pedro cortó la oreja de Malco. Jesús se agachó, tomó la oreja del suelo y la pegó en Malco, el cual lo estaba aprehendiendo para que sufriese el proceso más injusto que se pueda imaginar. Y después, matarlo de la muerte más cruel y más injusta que se pueda conjeturar. A pesar de eso, repone la oreja de Malco.

Nuestro Señor enseñó y reveló aquello de lo cual Él mismo daba el ejemplo: Él era el Verbo de Dios encarnado en las entrañas purísimas de Nuestra Señora, por obra del Espíritu Santo. Él enseñaba de Sí mismo que Dios es la bondad, la majestad infinita, el esplendor sin fin, la perfección insondable, la omnipotencia, pero también la misericordia, la compasión, el perdón varias veces repetido con afecto, la solicitud y todo lo demás, hasta morir en la Cruz por nosotros.

Haciendo el bien a otro alegramos a Jesucristo

Y por su enseñanza, haciéndonos ver que todos tenemos este Padre común, existe este Dios que nos ama así, y Nuestro Señor Jesucristo nos amó y nos ama así, que Él fundó una Iglesia que es la síntesis de todas las perfecciones y de todas las maravillas, incluso dentro de las tristezas del siglo XX; cuanto más la conocemos, tanto más la admiramos.

Esto dio a los hombres la noción de que todos son uno sólo en Él, que participan de los sentimientos y de las disposiciones de Él y que, haciendo el bien al otro, nosotros lo alegramos a Él.

Santa Catalina de Siena, cierta vez, tuvo que tratar a una leprosa. Ella tuvo alegría de causar alegría a esta leprosa; más que eso, ella sabía que Nuestro Señor Jesucristo, en el Cielo, quedaba alegre. Porque Él amaba a aquella hija leprosa, aquel monte de

pus, un foco de hediondez, y Él tiene compasión y quiere que otra hija, a quien Él dio salud, vaya allá a alegrar a aquélla. Y cuando Él vio a la hija miserable sonreír, alegre, con sus labios descarnados, Él queda alegre. Santa Catalina pensaba: En el Cielo, Él está alegre por la alegría que aquella pobre hija está teniendo.

Nace la alegría de respetar. Y otra mujer que era neurasténica, de un temperamento insoportable, una bruja, la Santa trataba de “mi madre”.

Todo esto junto hace que nazca, entonces en los hombres esta alegría bien ordenada de sentir la alegría de los otros, la alegría de dar, de sacrificarse, de inmolarse, de causar satisfacción en los otros, de mitigar las garras del egoísmo, del amor propio, del orgullo por medio de un gesto, de una palabra amable.

Una palabra amable, a veces, transforma a una persona. Sobre todo, cuando no tenemos deseos de decirla, pero la decimos para servir a Nuestra Señora.

Sacrificarse por los otros, sin esperar retribución

Aquí está, largamente expuesta, la historia de la dulzura en la humanidad: cómo ella nació y existió entre los hombres. Los paganos, en el tiempo del Imperio Romano, miraban a los católicos y decían entre sí: “Vea cómo ellos se quieren”. Es el buen aroma, la luz de Nuestro Señor Jesucristo que ilumina y modifica todo.

Les doy un consejo: ¿quieren tener alegría verdadera en el alma? ¿Quieren tener la luz de Nuestro Señor Jesucristo delante de los ojos? ¿Quieren sentir en la respiración de sus almas el aroma de Nuestro Señor Jesucristo? Sacrifíquense y tengan la alegría de ver que los otros están contentos con el sacrificio.

No esperen retribución. Quien hace bien a los otros por cau-

sa de la retribución busca hacer un negocio. Esperen ingratitud, desprecio, maltrato, pero digan: “Yo lo hice porque él quedó un poco satisfecho. Nuestro Señor y Nuestra Señora fueron glorificados en él, porque tuvo un instante de alegría buena. Esto un día hará bien a su alma. ¡Voy a hacer más! Cuando se den cuenta, el aroma de la convivencia estará embalsamado, perfumado y agradable. Es Cristo Nuestro Señor que está presente. ❖

(Extraído de conferencia del 10/06/1985)

1) Sistema social y político aristocrático en vigor en Francia entre los siglos XVI y XVIII.





Sacralidad, belleza y elegancia

Admirando los frutos de la civilización católica en Europa, el Dr. Plinio se encanta al contemplar la impregnación de la vida civil por la sacralidad de la religión, confiriendo a monumentos y plazas un aspecto encantador, casi de cuento de hadas.

El edificio de la Municipalidad de Aachen parece un relicario. Si nos mostrasen una fotografía donde no apareciesen la calle, los árboles, los lampadarios, y nos dijese: “Relicario de oro del siglo XIV”, pensaríamos que se trata de una pieza de arte lindísima.

Cuando la sacralidad se comunicaba a todo el orden civil

Aunque sea un palacio municipal, quién lo viese por primera vez, sin una explicación, fácilmente admitiría que se trata de una catedral o de la iglesia de un convento, porque en la época en que fue construido, los edificios laicos no eran tan diferentes de los sagrados como lo son hoy. Los edificios destinados al gobierno temporal tenían cualquier cosa de sacral, y esa sacralidad se comunicaba a toda la vida civil, era la impregnación de la vida civil por la religión. Llamo la atención para el techo ojival, todo con pequeños respiraderos de chimeneas que corresponden a una necesidad para la respiración de esos lugares en tiempo de invierno. Pero vean como están puestos de manera tal que realzan la belleza del propio techo, uniendo lo útil a lo agradable.

Reina y Madre, con los encantos de la juventud y de la edad madura

La imagen de Nuestra Señora Patrona de Aachen, situada en la Capilla Palatina, es propiamente lindísima. Me gustaría atraer la atención, no tanto sobre el vestido, muy bonito, ni sobre la escultura, muy buena, sino sobre el estado temperamental que el artista representó en Nuestra Señora.

Se ve que es una persona respetable en el más alto grado. Es propiamente una reina. Pero al mismo tiempo se siente en Ella toda la bondad de una madre, no sólo por la manera de cargar en el brazo al Niño-Dios, sino también el modo por el cual la Santísima Virgen parece mirar a quién le está presentando una súplica. ¡Es una benevolencia, una disposición para atender que impresiona del modo más agradable!

Otro aspecto que llama la atención es la edad. ¿Es o no es verdad que Ella posee algo de la seriedad de la edad madura? Pero también es verdad que Ella tiene cualquier cosa de una joven. Es agradable considerar ese equilibrio de las dos edades que se reúnen en un momento de la vida en que la persona presenta, al mismo tiempo, los atractivos de una y de otra etapa de la existencia.

Por otro lado, es preciso considerar la calma, la tranquilidad de la persona allí representada. Una calma completa, serena, de quién no vive corriendo, no está habituado, ni siquiera anduvo alguna vez en automóvil. Nunca viajó en avión, nunca vio televisión ni usó teléfono. Es una persona cuyos nervios están completamente desconectados del ‘correcorre’ del siglo XX.

Uno de los palacios más bellos de Europa

En otra fotografía, vemos la belleza singular del Palacio de Chantilly, en Francia, aunque sin mucha simetría, como eran las construcciones próxima o remotamente ligadas al antiguo arte medieval. La simetría aparece exactamente a partir de los siglos XV, XVI y XVII, pero este edificio fue construido aún según moldes un poco medievales. Así, se trata de un conjunto de cuerpos de edificio que se acumulan como pueden, pero que, en lo que no fue previsto y en la belleza de cada cuerpo, forman un aspecto encantador, de cuento de hadas.

Merece especial destaque la torre redonda, alta y que, ella sí, hace simetría con la otra, presente en el ángulo opuesto. Ambas se sumergen en el lago, iproduciendo un efecto de belleza extraordinaria!

Noten la hermosura del lago, del cantero con sus diseños, y la tranquilidad de las aguas que pasan. El bosque es una continuación de ese diseño que se pierde más o menos en el infinito. Es uno de los palacios más bellos de Europa.

Vean como las construcciones humanas salen ganando cuando están al borde del agua. A propósito, una cosa que me causa desolación en Río de Janeiro es el hecho de que, teniendo el panorama marítimo más bello del mundo, no tiene construcciones en la orilla del mar.

Plaza de una belleza ejemplar

La Place Vendôme es de una belleza ejemplar. Junto con la Plaza de San Marcos de Venecia y la de San Pedro en Roma, es una de las plazas más bellas del mundo, aunque obedeciendo a una concepción técnica diferente. La plaza tiene, evidentemente, cuatro ángulos con calles cortando la fachada en tres puntos. En lo restante, todos los edificios

son iguales. En su interior ella está enteramente vacía, ofreciendo al tránsito un enorme espacio, de manera que no se tiene la impresión de mucho tráfico de automóviles, pues aquello se diluye sobre una superficie inmensa.

En la calzada y en la planta baja hay una serie de arcos, los cuales generalmente corresponden a tiendas de grandísimo lujo, que constituyen uno de los elementos de la nata del comercio de Paris. Es necesario haber visto los cuatro lados de la plaza de una sola mirada para comprender la nobleza, la dignidad y la perfecta regularidad de su belleza.

La columna central no va bien con la plaza. No digo eso por anti bonapartismo. Es verdad que, aunque quedase bien, teniendo encima a Bonaparte, valdría la pena arrancarla. Sin embargo, la columna no combina con el ambiente, pues, por sus proporciones exageradas, parece perforar la plaza por el medio.

Lo que quedaría bonito, a no ser la estatua ecuestre de Luis XIV – que durante algún tiempo estuvo allí –, sería por lo menos un bello juego de aguas. Eso infelizmente no existe.

Consideren el lampadario. ¡Qué diferencia con nuestras luminarias de San Pablo, por ejemplo, con la famosa lámpara de mercurio encima, causándonos la impresión de un pescuezo muy alto con una cabecita microcefálica en el tope! En ese lampadario parisiense, noten la elegancia con que esos tres focos están apoyados sobre una columna de metal que termina en una base. ¡Cómo es bonito! Todo eso es el gusto típicamente francés. ♦

(Extraído de conferencia de 21/12/1988)



Alasdoobis (CC3.0)



Flávio Lourenço



Dimitri Destugues (CC3.0)

Transformando un pecador en santuario

Nuestra Señora, con solo posar su mano virginal sobre un alma llena de defectos y vicios, cargada de pecados, puede transformarla en un santuario.

Como por su oración, en Caná, Nuestro Señor Jesucristo mandó que el agua se transubstanciase en vino, así también la Santísima Virgen puede, en cualquier momento, obtener de su Divino Hijo para un pecador gracias tan abundantes, que la persona más asquerosa e infestada por el demonio vuelva a pertenecer a Ella.

Pidamos a María Santísima que, en este año, suceda con nosotros lo que ocurrió en las Bodas de Caná. Y nosotros, que somos hoy, en la mejor de las hipótesis, agua mezclada con un poco de vino, seamos el vino puro de las Bodas de Caná.

He aquí el pedido que hacemos al Sapiential e Inmaculado Corazón de María. Apoyados por las oraciones de San José, esperamos que Ella lo presente al Niño Jesús, con nuestro deseo de ser enteramente de Ella. Que la Madre de Dios nos dé la integridad de ese deseo para que llevemos el cumplimiento de nuestro deber hasta los últimos extremos de nuestra vocación.

(Extraído de conferencias de
12/3/1970 y 23/12/1982)

Nuestra Señora de las Virtudes – Catedral
de San Esteban, Auxerre, Francia

